

Nada ni nadie es lo que parece.

OPERACIÓN MÚNICH

ROSA TÉLLEZ

«Una historia de intrigas, sexo y traición que no te dejará indiferente»

ROSA
TÉLLEZ

OPERACIÓN
MÚNICH

GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Título original: Operación Múnich.

Edición en formato digital: agosto de 2018.

© 2018, Rosa Téllez

© Diseño de portada: Rosa Téllez

ISBN: 9781719954310

Código Safe Creative: 1808298153939 / 1808298153953 /
1808298153946

Licencia: Todos los derechos reservados.

*«Yo sueño que estoy aquí destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño: que toda la vida es sueño, y los sueños,
sueños son».*

Pedro Calderón de la Barca.

Agradecimientos:

A mi madre,

a mi padre,

a mis hermanas,

a mis hermanos,

a mi esposo,

a mis hijas,

a mi suegra,

a mi suegro,

a mis cuñadas,

a mis cuñados,

a mis primas,

a mis primos,

a mi familia,

a mis amigas,

a mis amigos.

Glosario:

RPG: El RPG-7 es un lanzacohetes antitanque portátil de origen soviético.

AK-4: El Ak 4 es una versión sueca del fusil de combate Heckler & Koch G3A3.

Hércules: El Lockheed C-130 Hercules es un avión de transporte táctico medio-pesado propulsado por cuatro motores turbohélice, fabricado en los Estados Unidos desde los años 1950 por la compañía Lockheed.

Dari: Lengua persa.

Pashto: es la lengua materna de los pastunes del Sur y centro de Asia.

Qala-e-Naw: es la capital de la provincia afgana de Bādgīs.

Llama M82: es la pistola semiautomática reglamentaria de las Fuerzas armadas Españolas, fabricada por la firma española Llama - Gabilondo y Cía. S.A.

Chinook: El Boeing CH-47 Chinook es un versátil helicóptero de transporte de carga pesada, bimotor con rotores en tándem.

PRT: es una unidad introducida por el gobierno de los Estados Unidos, compuesta de militares, diplomáticos y expertos en materia de reconstrucción, que proporciona seguridad y ayuda en temas de reconstrucción en un país inestable.

Marghozar: región de Afganistán.

Sabzak: es un paso que se encuentra en la provincia afgana de Bādgīs.

Rosenstrabe: Calle de las Rosas.

Zum Spöckmeier: Restaurante muniqués.

Franz Josef Strauss: Aeropuerto internacional de Múnich.

Raum: habitación.

Karlsplatz: Plaza ubicada en Múnich.

Marienplatz: Plaza ubicada en Múnich.

Gutten Morguen: Buenos días.

Gutten nacht: Buenas Noches.

Kaufingerstrabe: Calle de Múnich.

Good behavior: Buen comportamiento.

Termita: es un tipo de composición pirotécnica de aluminio y un óxido metálico, el cual produce una reacción alumino-térmica conocida como reacción termita.

Soldadura oxiacetililénica: Tipo de soldadura por combustión.

Base aérea de Erding: *Base aérea situada en la zona de Baviera, Alemania.*

Quid pro quo: *expresión latina que significa “una cosa por la otra”.*

Yes: *Si.*

Oui: *Si.*

Perfect: *Perfecto.*

Índice

Capítulo 1. El reencuentro.

Capítulo 2. El funeral.

Capítulo 3. Ten con Ten.

Capítulo 4. Chinook.

Capítulo 5. El tablón.

Capítulo 6. Rosenstrabe

Capítulo 7. Good behavior.

Capítulo 8. Termita.

Capítulo 9. La elección.

Capítulo 10. Quid pro quo.

Capítulo 1. El reencuentro.

26 de enero de 2018.

Madrid.

Elena.

«Clac, clac, clac, clac» mis pasos se confunden con la multitud de tacones, teléfonos y anuncios, que resuenan a mi alrededor. Atocha es un hervidero. Desde que me he bajado del Ave, hasta Arguelles, aún me queda un tirón. El I Congreso Europeo de Construcción, Habitabilidad, Economía y Liderazgo, promete ser toda una primera experiencia en España para ponernos al nivel de Europa. He llegado pronto, la planificación del viaje sigue su horario previsto por el momento. He decidido alojarme en el Tirol T3, a un paso de la Gran Vía, ya lo he probado y me gusta. Céntrico, limpio y discreto.

Estar divina, conlleva su sacrificio. Camino con determinación hacia la boca del metro pero estos tacones me están matando. Me paro un segundo a un lado de la cinta acelera personas instalada en la estación y suspiro. Hace frío en Madrid y mi abrigo, pese a ser de cachemir, deja pasar la suave brisa que sopla hoy en la estación. Las medias de cristal destacan mis piernas pero... ¡Estoy pasando un frío atroz! estoy deseando llegar al Hotel. Me coloco bien el pañuelo en el cuello, pero la seda es más estilosa que práctica. Son apenas las 13:00 y un Sol radiante alumbra mi encuentro con la ciudad. Me dirijo a la boca del metro y continúo con la marcha. Saco de mi cartera mi bono-metro-bus y cojo la línea 1. Las calles del metro rebosan de gente que cual hormiguitas se desenvuelven por la maraña de túneles. Me preparo para hacer transbordo en Sol con la línea 3. «Cuidado con el agujero» leo en el

suelo al subir al vagón. Me encanta la diversidad cultural y racial. Ejecutivos enchaquetados, un fontanero con su pequeño maletín de herramientas, estudiantes, mormones, amas de casa con sus carritos de la compra, señoras mayores engalanadas con grandes abrigos de piel, modelos, aspirantes a actrices que ensayan sus muecas en reflejo del cristal, y... Una provinciana enjutada en un 3/4 gris perla con un sobrecuello de visón, guantes negros de piel y pelo rubio al viento. Todos ellos y yo, cada cual con su pequeña historia, con su pequeña vida en el caos de la vida colectiva de la ciudad.

«Próxima estación: Argüelles» —ya estoy aquí —pienso. Me apeo con determinación y busco la salida hacia la Calle Alberto Aguilera. Camino nerviosa, ansiosa hacia la salida. Comienzo a subir las escaleras. Ya no me duelen los pies, la adrenalina se desborda por los poros de mi piel. Comienzo el ascenso hacia el exterior del metro. Por cada escalón que subo, mi corazón parece que va a salir disparado de mi pecho. Miro por unos segundos hacia arriba y atisbo a ver el azul mate debido a la contaminación del cielo de Madrid, tan distinto del cielo limpio de mi ciudad. Piso el último peldaño y ahí está... La calle de color rojo de mi recuerdo. Abundan los edificios de ladrillos vistos rojos que junto a los enormes árboles le dan un característico color a la calle. Me giro hacia el hotel y de repente, atisbo una silueta que me resulta muy familiar. Puntual como un inglés, a la hora acordada. Se me escapa el corazón del pecho. Sonrio de medio lado y me sonríe a la vez que me escanea de un vistazo. Lleva un pantalón de pinzas gris, con una camisa blanca y un jersey gris marengo. Su abrigo, un Barbour de color azul, está abierto y deja entrever su atlética figura. Zapatos clásicos de vestir. Discrecional. Nadie diría que ocupa el puesto que ocupa.

—Elena... —susurra a la vez que se acerca, me envuelve con sus fornidos brazos, me mira de soslayo y me planta dos besos. Uno en cada mejilla. Primero uno, despacio, como si quisiera detener el tiempo y luego otro.

—Nando... —le rodeo la cintura a la vez que se me suben los colores.

Hace un gesto con la mano en dirección a la calle como para que echemos a andar.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta mientras nos dirigimos a la cafetería del Corte Inglés.

—Tranquilo y sin sobresaltos —respondo ya un poco más calmada—. Las lechuzas vuelan bajo en esta época del año.

—He estado dándole vueltas al coco —sonrío y le miro en busca de esa chispa que nos caracterizaba. No puedo aguantar la mirada. Estoy aterrorizada.

Cruzamos la entrada de El Corte Inglés y nos dirigimos hacia la cafetería. Le sigo sin mediar palabra. Inspiro profundo y me envuelvo de su característico olor a Sauvage, no ha cambiado de fragancia en todos estos años. Divisamos una mesa libre y nos dirigimos hacia ella. Me quito los guantes y los dejo sobre la mesa. Nando me ofrece quitarme el abrigo. Niego con la cabeza.

—Tengo frío —le indico a la vez que me auto abrazo.

Nos sentamos uno enfrente del otro. A la vez que coloco los guantes le rozo ligeramente la mano izquierda, buscando un sentir esa chispa que nos caracterizaba. Sus dedos se alargan para rozarse con los míos a la vez que me mira fijamente con una mirada libidinosa.

Nos observamos sin decir nada durante unos instantes escudriñando con nuestras miradas, buscando lo que hay dentro del otro. Sus ojos azul cielo se cruzan con mis ojos azul grisáceo y saltan chispas. Nos conocemos bien y nos tememos.

Un camarero se acerca para tomarnos la comanda.

—Tomaré un sándwich mixto y agua.

—Lo mismo —repite.

Cruzo las piernas haciendo que sobresalgan ligeramente de la mesa.

—Sabes —comienzo—. En mi mente podía imaginar mil y una maneras de empezar esta conversación, pero ahora, en el calor de las distancias cortas solo se me ocurre empezar de una forma: El tiempo no ha hecho estragos en tí, estás más joven, más vital, aunque tu piel curtida por los años no tiene la tersura de los 30 años, tus ojos siguen resplandeciendo.

Suelta una sonora carcajada a la vez que me aprieta la mano acariciándome la palma con el dedo corazón.

—Podríamos retomarlo donde los dejamos —arquea la ceja derecha al tiempo que mira el reloj.

Sonrio de soslayo y me muerdo los labios. Entrecierro los ojos en señal de confirmación.

—Mi Hotel está aquí al lado —ahora ya me he relajado un poco y sonrío abiertamente.

Nando cruza las manos y apoya los codos encima de la mesa y apoya la barbilla, como si estuviera rezando.

—Será un placer retomarlo donde quiera que quedara —replica a la par que humedece sus labios con la lengua.

Levanto el brazo al camarero, que se acerca diligente.

— Pónganos lo que hemos pedido para llevar —Perfecto— pienso—Te propongo lo siguiente: voy hacia el Hotel, ya sabes cuál es, me registro, habitación doble. Te mando un mensaje con el número de habitación que se autodestruirá en 30 segundos,... Manualmente claro y... Apagamos los móviles. Estaremos a ciegas. 1 hora a ciegas.

Giro la cabeza hacia el lado derecho y arqueo las cejas en señal de interrogación a lo que Nando responde cogiéndome la mano y besándomela con la boca entreabierta.

Dejo un billete de 10€ en la mesa para pagar mi parte de la comida, a lo

que me mira con sorpresa y parte de indignación moviendo sus manos como gesto de interrogación. Niego con la cabeza quitándole importancia.

Tic, tac, tic, tac... La cuenta atrás ha comenzado. Me dirijo rauda al Hotel que está en la esquina opuesta. Los 20 segundos que tarda el semáforo en ponerse en rojo me parecen eternos. ¿Qué se habrán creído estos de tráfico? ¡Ahora, mi tiempo es oro! He tenido suerte. Es una hora tonta y no hay mucha gente en recepción.

—Elena Vázquez Figueroa —indico al recepcionista —Buenas tardes — saludo un poco tarde. Estoy impaciente, espero que sea diligente y haga rápido y bien su trabajo.

— ¿Habitación doble, verdad?

—Así es. Con cama de matrimonio y bañera.

Prepara la documentación y las tarjetas de acceso a la habitación.

—Necesito una tarjeta de crédito —indica diligente.

—Aquí tiene —Me estoy impacientando...

—Habitación 440.

—Gracias —sonrio y salgo disparada al ascensor a la vez que le envío un escueto mensaje: «Los de Alibaba pero en la cuarta». Espero que lo entienda. Apago el móvil.

Ha comenzado la hora a oscuras.

Llego a la habitación y dejo la maleta a un lado. Me gusta. Cama amplia, huele a limpio y una hermosa bañera me espera en el baño. Abro el grifo y lo pongo a tope con agua muy caliente. Miro el reloj, ¡mierda!—pienso —ya han pasado 15 minutos desde que salí del Corte Inglés

Toc, toc... Suena brevemente la puerta.

La respiración y el corazón están acompasados y acelerados. Abro la puerta y ahí está. Aún llevo el abrigo puesto. Nando da un paso al frente y se abalanza sobre mí. Me sujeta la cabeza con firmeza acariciando con sus dedos mi cabello rizado a la vez que me besa con fuerza y con pasión. Tic, tac... Pasa el tiempo... Me desabrocha los botones y se queda boquiabierto a la par que mete las manos dentro del abrigo.

—¡Venías preparada para esto! —exclama lujurioso.

Llevo un pañuelo rojo de seda, un body de encaje negro de Marks & Spencer y unas medias de cristal, nada más.

—¡Así tenías tanto frío! —sonríe descarado y me arremolina contra su cuerpo. Noto su erección. Aprovecho y le agarro las nalgas apretándolo aún más contra mi sexo. ¡Me encanta esta sensación! Mi mente se nubla de recuerdos ya indexados a la memoria más profunda.

Me desliza el abrigo por los brazos muy despacio, saboreando mi piel con sus manos hasta llegar a las mías. Las sujeta con fuerza y me arrastra hacia el baño. Me gusta darle tregua y dejarle que intente controlar la situación. Siempre quiere tener el control, aunque no siempre puede. Mira la bañera aún en proceso de llenado, se gira y me besa profundo. Noto su lengua húmeda deslizarse por mi boca. Me planta frente al espejo y me mete la mano por la nalga hasta llegar hasta mi sexo ya chorreante. Tiene la mano fría y pego un respingo. Me besa con la lengua el cuello y sopla con suavidad. ¡Qué delicia! Consigue que mis pezones se ericen. Noto su erección y su respiración acelerada en mi cuello. Me muerde ligeramente el lóbulo de la oreja a lo que respondo cogiendo sus nalgas y apretándolo contra mí. Me observa en el reflejo del espejo, lascivo, lujurioso y me pregunta susurrando:

—... Y ahora... ¿Qué?

Me giro y contesto:

—Ahora te voy a hacer disfrutar de una sesión de sexo tántrico acelerado —respondo relamiendo su oreja con mi lengua. —¿Te vienes a la bañera?

He puesto una esencia de canela y vainilla que impregna todo el baño... Le desvisto con cariño, despacio, pero sin pausa, con la tensión de la aceleración justa. Quiero verle, quiero sentirle, quiero recordar este momento por si no se vuelve a repetir. Desabrocho su camisa y acaricio su torso desprovisto de vello corporal con las dos manos. Tiene los pezones erectos y no puedo evitar succionarlos con cuidado y poco a poco más intenso. Sigue llevando aquel colgante que le regalé. Acaricio su abundante barba a la vez que le succiono el alma por la boca. ¡Dios mío! Suenan las campanas de tu boca—pienso sin dejar de besarle. Sus besos son irresistibles. Su aroma, sus feromonas me pierden. Adoro su cuerpo. Atisbo por un instante las cicatrices bajo su barba. Recuerdos de un pasado turbio. Ansiosa, quiero descubrirlo, quiero descubrir su erección. Me agacho y le bajo los pantalones y los calzoncillos a la vez. Me sorprende con unos calzoncillos blancos de algodón...No importa el papel—pienso —importa el regalo. No puedo quitarle los pantalones porque le he dejado los zapatos puestos. Se descalza veloz. Le quito los calcetines y los pantalones y los calzoncillos y... ¡Ahí está! ¡Todo para mí! Tic, tac... Pasa el tiempo. Me encanta lo que veo. Ahora le toca a él. Me quita el body, primero el lazo del cuello y luego el de la espalda y me lo baja con cuidado. Nuestros perfectamente imperfectos cuerpos desnudos uno frente al otro. Me repasa con la mirada analizando cada surco, cada lunar, cada michelín y... Se detiene en mi vulva... Se ha quedado boquiabierto... Le meto ligeramente la lengua en esa boquita abierta.

—Pero... Estás... —balbucea —... Pero... —no atina, no encuentra las palabras.

—Sí, estoy completamente depilada —afirmo rotunda. Suelto una carcajada y dirijo su mano hacia mi sexo. Juega con los dedos a la vez que abre la boca, no puedo resistirme y le inundo la boca. Acaricio su pene desnudo y erecto. Estoy deseando devorarlo. Su cuerpo pide más, quiere unirse a mí. Mueve las caderas buscando mi sexo, me gira y me apoya contra el lavabo. Veo en el espejo su cara lujuriosa. No puede resistirlo y me penetra de una embestida profunda. Doy un alarido de placer. Sus caderas suenan al ritmo adecuado, como si siguiera una melodía. Entona una canción maravillosa.

Miro la bañera.

— ¿Nos sumergimos en ella? —susurro mientras sigue con su vaivén ahora más despacio.

Me libera ansioso por volver a unirse a mí.

Me sumerjo despacio, contra la parte contraria a los grifos.

—Es bastante grande. Cabremos bien —sonrio a la par que le invito a unirse con mi dedo índice.

Le indico con la mano que se ponga delante de mí, su espalda contra mi pecho. Al sentarse se desborda la bañera y nos echamos a reír

— ¡La que estamos liando! —exclamo. Nos reímos a la vez.

No hay pudor. Conocemos nuestros cuerpos y nos encanta. Mis pezones desnudos se le clavan en la escápula. Eso le excita aún más. Alcanzo la alcachofa de la ducha y le mojo el pelo. El agua está caliente y el baño lleno de vapor. El grifo sigue echando agua caliente. Pese al calor mis pezones se endurecen contra su espalda. Tic. tac... Nos quedan 27 minutos...

Pongo un poco de champú en mis manos y le masajeo la cabeza, con la presión justa, voy haciendo círculos e incrementando la intensidad. Noto su respiración profunda.

—¿Conoces el orgasmatrón? —pregunto—. Está absorto y concentrado en disfrutar del masaje.

—No —se ríe a la vez que frunce el ceño risueño— ¿Qué es eso?

—Es un aparato, muy sencillo, compuesto por 8 alambres sujetos a un mango de madera con unas bolitas, para no clavarte los alambres, que te lo colocas en la cabeza, de manera que lo mueves arriba y abajo, adentro y afuera del cuero cabelludo y... ¡tienes un orgasmo! —concluyo.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —nos reímos al unísono.

Sumerjo las manos en el agua caliente y busco por entre la espuma.

—¡Aquí está! —exclamo— ¡Esta vez no te escaparás!

Masajeo con suavidad su pene erecto con la mano derecha a la vez que con la mano izquierda sigo con el masaje de cabeza... Le beso en el cuello a la vez que unto con mi lengua su nuca, de arriba hacia abajo... Suspira de placer...

Mis dos manos se dirigen ahora a la sien, con el dedo corazón busco el punto intermedio y masajeo a la vez.... Noto su corazón acelerado desde la espalda... ¡Me seduce hundir mis pechos en su espalda!

Tic, tac... Apenas 19 minutos para que acabe la hora a ciegas...de la sien paso a masajear toda la cara con ambas manos a la vez, despacio, haciendo círculos. Le cierro los ojos y siento cómo disfruta...Dejo de masajearle pero aún está absorto en la sensación, con los ojos cerrados.

Agarro el pañuelo de seda y le vendo los ojos. Se sobresalta, no le gusta perder el control.

—Sssssss —susurro a su oído. Cierro el grifo y salgo de detrás de él.

—Colócate contra la bañera y...disfruta.... —mis palabras invaden sus sentidos.

Me sitúo frente a él, no puede verme... Tiene los ojos vendados pero puede sentirme... Me siento justo frente a él, dejando mis pechos a la altura de su boca. Casi instintivo me muerde ligeramente el pezón izquierdo y luego el derecho. Sujeta mis pechos con ambas manos y se llena la boca con ellos... Tic, tac...bajo despacio y atrapo su pene entre mis pechos... Abre la boca y hace el intento de quitarse el pañuelo de los ojos.

— Ttttt —niego con la cabeza—Aún no. Ahora, en este momento, yo estoy al mando.

Suelta una carcajada y se deja hacer.

—Me embelesas —dice a la vez que me agita contra su erección. Quito el tapón de la bañera. Poco a poco el agua va bajando de nivel, lo justo para dejar sus caderas y su pene a la altura justa y necesaria para que yo pueda engullirlo a gusto. Pongo de nuevo el tapón le aclaro la espuma con la ducha. La mimo con mis manos, la limpio, y la preparo para ser devorada. Saco la lengua y le doy ligeros lametones por la parte de debajo del glande. Gime de placer. Coloco los labios a lo Kim Kardashian y la abrazo con la boca...desde dentro hacia afuera... Hasta la campanilla... Está muy dura y me llena toda la boca... Mi sexo chorrea de placer...desato el pañuelo. Ya es suficiente... Quiero que me mire, quiero que me vea disfrutar enjugando su pene... Paro un segundo para mirarle, me acaricia el pelo y me anima a que continúe con un movimiento de caderas.

—Tic, tac —exclama. Nos reímos a la vez.

No puedo aguantarlo más. Necesito tenerle dentro de mí, aunque en la bañera va a ser difícil. Lo intento. Me siento sobre él y mis caderas entonan su misma melodía, un dulce e intenso vaivén. Giro mis nalgas en forma de círculos a lo que me mira como si estuviera a punto de estallar...

—Voy a hacer que te corras dentro de mí —susurro lasciva.

Sus manos sujetan mis caderas y le imprimen un movimiento más rápido... Está a punto de estallar y yo también. ¡No puedo más!... Tic, tac... Quedan 7 minutos para el final de la hora a oscuras.

—Ahhhhhhh —gritamos lujuriosos, lascivos, cachondos, liberados... Nos da igual quien pueda oír. El orgasmo se extiende unos largos 10 segundos en los que nos agitamos convulsos por la excitación y por el placer...6 minutos para el final de la hora a ciegas.

—... He sentido como me inundabas... No estoy satisfecha, quiero más... —cierro los ojos y respiro profundo.

Nando sale exhausto de la bañera, tic, tac...5 minutos... Se seca raudo y

veloz y se viste acelerado. Me envuelvo en un albornoz y le arreglo el cuello de la camisa.

Termina de vestirse y frente al espejo, de componerse lo que puede después de este acelerado encuentro. La comida para llevar aún sin probar. Le da un par de mordiscos rápidos y se dispone a salir. Se vuelve y me envuelve con sus manos bajo el albornoz. Aún estoy mojada, por dentro y por fuera. Traga los dos bocados y me planta un beso profundo, caliente, con sabor a sándwich mixto.

—0 minutos. Se acabó la hora a oscuras. Saldré del hotel y encenderé el móvil justo donde lo apagué —saca del bolsillo interno del Barbour una tarjeta. Vuelve a tomar el control —No olvides para qué has venido este fin de semana a Madrid —concluye a la vez que me entrega la tarjeta.

—Quiero más —asiento ignorando sus palabras.

—Pide un deseo. Esta noche hay lluvia de estrellas — sugiere a la vez que abandona la habitación y cierra la puerta tras de sí.

Tic, tac... Pasan 5 minutos y enciendo el móvil.

«Dip, dip» He recibido un nuevo mensaje: es un video. Ya sé quién lo envía. Suspiro profundo antes de abrirlo.

—¡Hola mami! ¿Has llegado bien? —es mi hija de 5 años.

—Hola preciosa. Espero que hayas tenido un buen viaje —sonrie Sergei mientras la sostiene en brazos—Ya hemos visto que estás en el hotel, te has vuelto a quedar sin batería... Ehhhh. Recuerda que te he puesto una batería auxiliar en tu bolso para estos casos. Madrid es una ciudad llena de obstáculos, aunque ya sé que tú eres una campeona y vas a comerte la ciudad. Un beso preciosa. ¡Mensajea pronto! ¡Ciaoooo! —ambos se despiden agitando la mano y lanzando besos.

Capítulo 2. El funeral.

27 de septiembre de 2005.

Qala-e-Naw, Afganistán.

11:30 a.m.

Nando.

—¡Mi Teniente! —exclamó el sargento Suárez —¡Nos atacan!.

Suárez tenía la cara descompuesta por el terror. Sus ojos se salían de las órbitas.

La base operativa del equipo de reconstrucción provincial, PRT, estaba siendo atacada por un grupo de insurgentes pertrechados con granadas, RPG y AK-47 que nos estaban ocasionando graves daños.

—¿Dónde está el Teniente Coronel Rodríguez Caña? —espeté.

—No lo sé mi Teniente —replicó el sargento Suárez.

Salí de mi despacho en su busca. A mi alrededor los cascotes de las paredes dañadas por el tiroteo se iban incrustando en mi piel a medida que iba avanzando. No podía detenerme debía llegar hasta la zona de los civiles.

Al llegar al punto cero, me hallé un panorama desolador. El Teniente

Coronel estaba herido y había caído un civil. Junto a su cuerpo, Vázquez Figueroa, su compañera agachada junto a él. Estaba en shock y en la zona de fuego cruzado, había que sacarla de allí.

Sin pensarlo dos veces desenfundé mi Llama M82 y pedí apoyo al sargento Suárez:

—¡Cúbreme! —le ordené.

Lance una ráfaga hacia los insurgentes a la par que corrí hacia Vázquez Figueroa. No podíamos tener más bajas civiles. Junto a ella, el cuerpo inerte, acribillado por la explosión de una granada de su compañero Alfonso Martínez de Somavia, hijo de una familia bien posicionada de Madrid, cuarta saga de Ingenieros. Sabían que era una misión peligrosa y a los riesgos a los que se enfrentaban, pero nunca asimilaban hasta aquel mismo instante la posibilidad de volver a casa en una caja.

Vázquez estaba acurrucada cubriéndose la cabeza con las manos; era incapaz de dar un paso por ella misma. El terror la había paralizado. Me abalancé sobre ella y tiré con todas mis fuerzas hasta arrastrarla detrás de un montón de escombros de lo que antes había sido su despacho. Tenía la cara y las manos ensangrentadas. No articulaba palabra. La miré a los ojos. Hasta ese momento no me había percatado de aquellos preciosos ojos azules. Su mirada era desoladora. Hice de tripas corazón y la obligue a pegar su espalda contra la pared que aún quedaba en pie.

—Ahora —le expliqué— vamos a salir de este lugar y para ello necesito que colabores. ¿Me entiendes? ¿Escuchas lo que te digo? —fui rudo con ella, no tenía más remedio.

Con apenas un sollozo y los ojos llenos de lágrimas que se derramaban en silencio por sus mejillas, asintió con la cabeza.

—A la de tres, corre lo más agachada posible hacia el pasillo. No mires hacia atrás, cuando llegues allí el sargento Suarez te indicará hacia dónde tienes que ir. No pares de correr hasta que llegues al punto de encuentro con el sargento —aseveré rotundo.

Parecía haberse recompuesto. Respiró profundo y su rostro cambió. De repente, su mirada se había vuelto impenetrable y decidida. Hubo un antes y un después desde ese momento.

—Uno, dos, tres... —grité a la par que salíamos corriendo. Los insurgentes comenzaron a disparar pero seguimos corriendo. De repente un pinchazo fuerte en la pierna y otro en el hombro me hicieron caer. El cielo azul de Qala estaba oculto por la nube de polvo que se había levantado como consecuencia del tiroteo. Noté cómo tiraban de mí asidos a mi chaqueta. No oía nada, sólo un olor, el olor de mi sangre brotando por la herida. Sentía latir mi corazón en mi pierna. Apenas una sensación de calor y de paz. Las cosas se sucedían a mi alrededor como a cámara lenta.

—¡Vamos, vamos! ¡Lo perdemos! ¡Un torniquete! —fueron las últimas palabras que recuerdo.

Luego la calma.

Abro los ojos. El techo de plástico del hospital de campaña es inconfundible.

—Estoy vivo —pienso en voz alta. Giro la cabeza y a mi lado, se encuentra Vázquez. Tiene la cara llena de magulladuras de la explosión y el brazo derecho en cabestrillo. Sonríe al verme despertar. Intento articular palabra pero no puedo. Me duele la garganta. Quiero agua. Intento articular palabra pero no puedo hablar. Se acerca hacia mí, como para oírme mejor. Me percato de un dulce olor a perfume antes enmascarado por el polvo.

—¿Qué día es hoy? —pregunté con un hilo de voz casi imperceptible — Agua, quiero agua —suplico con la poca fuerza que tengo en esos momentos.

—27 de septiembre. Son las 20:17. Caíste en mi rescate. Te han herido de bala en el hombro y la pierna derecha. Has perdido mucha sangre. Tuvimos que hacerte un torniquete en la pierna, la sangre no paraba de brotar. Has tenido suerte, soy 0 negativo y los médicos han podido reponer algo de la sangre que habías perdido —su voz sonaba firme y su informe de lo sucedido escueto y conciso. Permanecía templada y segura. Aquella chica bloqueada y

asustada se había esfumado.

—Gracias por todo —alcancé a decir con un hilo de voz. En aquel momento, sólo pensaba en mi familia. Todas mis aspiraciones profesionales habían quedado relegadas a un segundo plano. Mi vida había pasado por mis ojos como si de una película se tratara y sólo quería ver a mi mujer y a mi hijo.

—¿Puedo hablar por teléfono? —pregunté casi suplicando.

—Las comunicaciones han quedado inoperativas. La 75ª división aerotransportada de los E.E.U.U. nos ha brindado su apoyo y hemos repelido el ataque. El teniente Coronel Rodríguez Caña continúa grave en la UCI. Su pronóstico es reservado. Los estadounidenses han comunicado al Jefe del Estado la situación. La misión continuará y la base los daños ocasionados serán reparados. La vida sigue y debemos continuar —replicó. Sus palabras sonaron frías y ausentes de sentimiento, como si un robot se hubiera engullido a aquella chica que apenas 12 horas antes estaba noqueada por el horror.

—Volaremos a España en 6 horas —prosiguió. El ejército estadounidense ha despejado la pista de despegue y seremos trasladados a un Hospital en territorio nacional. La bala que te dio en la pierna te seccionó la arteria femoral pero salió. La del hombro, aún está ahí —me informó—Al Teniente Coronel el ataque le sorprendió cuando estaba discutiendo la planificación con Alfonso —suspiró, como si volviera a ser consciente de lo que había ocurrido —tiene mucha metralla incrustada en el pecho y sufrió un ataque cardíaco cuando le estaban trasladando al hospital de campaña. Está estable, aunque su estado reviste gravedad —sentenció.

—Gracias —me miró fijamente mientras me sujetaba la mano con fuerza —Muchas gracias —repitió—Jamás olvidaré lo que has hecho por mí. ¡Jamás! —exhalo al tiempo que soltaba con suavidad mi mano.

En aquel momento mi corazón pegó un respingo. Sus palabras y su gesto

me habían hecho cosquillas en el corazón.

28 de septiembre de 2005.

02:21 a.m.

El dolor es intenso y no puedo soportarlo más. Vázquez no se ha movido de mi lado aunque mantiene cierta distancia. Estoy derrotado. El traslado al Hércules ha sido caótico. Las carreteras aún sin asfaltar me han destrozado la espalda. Cierro los ojos de dolor.

Vázquez se ha acercado al enfermero y le ha susurrado algo al oído. Éste asiente con la cabeza y se acerca.

—Mi Teniente, ¿cómo se encuentra? —pregunta compasivo. Suspiro y frunzo el ceño en señal de dolor.

—Vamos a ponerle algo para que descanse durante el viaje. No le hemos querido sedar antes hasta que no estuviéramos en el avión para evitar complicaciones. En cuanto despeguemos estaré por aquí.

Hay mucha tensión en el aire. Durante el traslado, el ejército estadounidense nos ha escoltado hasta el avión. La ambulancia volaba por las calles de Qala, no nos sentíamos a salvo.

El Hércules se prepara para despegar. Todos en sus asientos. Yo en mi camilla. El Teniente Coronel Rodríguez Caña, está entubado y en coma inducido. El equipo médico se prepara para el despegue. Han fijado las camillas a la estructura del avión. La bodega parece un lugar tan insalubre para el traslado de heridos...

Respiro hondo. Hoy no soy yo quien está al mando. Hoy son mis

compañeros quienes manejan el aparato. Siento la aceleración de los 4 motores, se exactamente en qué momento nos elevaremos, yo mismo lo he hecho cientos de veces. Siento la excitación del despegue, soy un adicto a la adrenalina que me produce. El característico sonido del tren de aterrizaje al dejar tierra inunda la bodega. Siento el falso alivio de estar en el aire. Aún estamos en zona de peligro. No sería el primer avión derribado por un RPG de los insurgentes.

Pasan unos 20 segundos, estaremos a 1100 metros de altura fuera del alcance de un RPG. Ahora sí podré descansar. Se acerca el enfermero y me pone un calmante en la vía. Poco a poco me sumerjo en un profundo sueño.

28 de septiembre de 2005.

10:21 a.m.

Me despierto 20 minutos antes de tomar tierra.

—Tu familia te está esperando —susurra Vázquez a mi oído. Le sonrío en señal de agradecimiento por la información. Necesito tiempo junto a ellos.

Tomamos tierra en Torrejón de Ardoz. Imagino todo el operativo y la prensa apostada para nuestra llegada. Lo que menos me apetece ahora son fotos.

El Hércules abre su enorme puerta de carga y allí nos esperan dos ambulancias y un coche fúnebre.

—¿Dónde está mi mujer? —pregunto ansioso al equipo médico.

—No puede acompañarnos en la ambulancia —responde la Doctora Delgado Pérez, según pude leer en su distintivo —Estará esperándolo en el

Hospital — concluye.

Observo cómo trasladan al Teniente Coronel a la otra ambulancia. Salen despavoridos hacia el Hospital. Sólo recuerdo el sonido de las sirenas acompasados hasta la llegada a Gómez Ulla. Luego calma.

—Hernando, Hernando —reconozco esta voz. Me reconforta. Es Lucía, mi esposa —Estoy aquí —es tan gratificante oírla. Coge mi mano y la besa. Me acaricia el pelo y la cara. Siento caer una lágrima en mi mejilla.

—Estoy bien —la tranquilizo. Es sólo una pequeña operación para extraerme la bala del hombro. Enseguida estaré en casa con Cayetano y contigo —mi voz no suena nada tranquilizadora, pero sé que para ella será suficiente como para hacer que la espera de quirófano sea menos desconcertante.

De inmediato me llevan a quirófano. Calma de nuevo.

28 de septiembre de 2005.

14:55 p.m.

Hospital Gómez Ulla.

Abro los ojos. Hay cinco personas sujetándome y gritándome que me tranquilice. No sé qué ha pasado. Estoy desconcertado. Pido agua. Me han atado a la camilla. no Puedo moverme. La Doctora Delgado se acerca amable y me pregunta:

—¿Recuerdas cómo te llamas?

—Hernando, Hernando Ruiz de Gavira —atino a contestar.

—¿Qué edad tienes?

—30 años.

—¿Cómo se llama tu esposa?

— Lucía Rodríguez Florez.

—Bien, Teniente Ruiz, parece que hemos tenido un despertar movidito. Ahora le voy liberar de las correas. No puede incorporarse, no puede beber agua, ni comer nada. La operación ha salido bien. Tiene dañado el supraespinoso y necesitará al menos 6 meses de rehabilitación. Podrá recuperar la movilidad aunque el proceso es lento —¡Seis meses! —pensaba a la par que la doctora me iba explicando. Ya no la oía, sólo retumbaba en mi mente: seis meses, seis meses...

—Su familia está esperando fuera, podrán pasar dos personas —concluye la doctora.

Oigo cómo llaman por megafonía a mi familia. Estoy ansioso porque me cuiden. Las últimas veinticuatro horas han sido devastadoras psicológicamente.

Acierto a distinguir la silueta esbelta de Lucía. Por un momento recuerdo el día que la conocí en aquella fiesta de graduados. Su padre, el Coronel Rodríguez de Mendizabal, presidía la ceremonia. Con su metro setenta y sus elegantes maneras, solo se fijó en mí aquella noche. Llevaba su larga melena castaña perfectamente alisada y rebosaba de buenas maneras. Una preciosidad que me había elegido a mí como pareja de baile... Sus pasos perfectamente acompasados la acercaban a mí presta, impaciente por reencontrarse conmigo.

—Cariño —susurra —Todo ha ido bien. Pronto te recuperarás. Saldremos de este bache.

Sus palabras me reconfortan. Estoy muy cansado. Sólo quiero dormir.

30 de septiembre de 2005. Torrejón de Ardoz.

Rodriguez Caña no ha sobrevivido. El dolor en mi hombro es insoportable, pero no quiero faltar a su funeral. He pedido en el Hospital el alta voluntaria. Mi compañero y amigo caído no se irá sin que yo le despida como se merece.

Lucía me ayuda a vestirme de gala. Me anuda la corbata y con dificultad me pone la chaqueta. No llevaré el brazo en cabestrillo en el funeral.

Un taxi nos acerca hasta Torrejón de Ardoz donde se oficiará el funeral presidido por el Jefe del estado y toda la corte de políticos, que ajenos a la ruda realidad de lo que es una guerra intentan parecer ponerse en tu lugar. Nada más lejano a la nuestra cruda existencia.

Es una mañana calurosa. Apenas son las 10:00 de la mañana y unos agobiantes 28 grados inundan nuestros cielos. Se prevé una ola de calor; desafortunado día.

La tristeza y la rabia inundan mi corazón. No dejo de preguntarme cuál fue el fallo de seguridad. No quiero permitirme un acontecimiento así en mi expediente. No volveré a fallar.

El cortejo fúnebre se acerca. Lucía me sujeta el brazo con suavidad pero con firmeza a la vez. Me muestra su apoyo como sabe, ajena a la rabia que me carcome por dentro.

Al girarme hacia la derecha diviso de un negro impoluto a Vázquez Figueroa. No he sabido nada de esta chica desde el atentado. Lleva un traje de chaqueta negro ajustado a la cintura muy elegante, medias negras, zapatos negros, camisa negra... Luto riguroso. Unas enormes gafas negras le cubren casi todo el rostro. Pelo recogido en un moño alto. También es el funeral de su compañero caído.

Durante el responso se suceden los distintos actos de homenaje y la homilía. Se les conceden a título póstumo sendas cruces al mérito militar con

distintivo rojo. Todo pasa como en un sueño. Tengo fiebre y un pitido me ensordece el oído izquierdo.

Abro los ojos, estoy aturdido en el suelo. La tensión del momento y la fiebre han hecho estragos. Lucía solloza desconsolada. A su lado, Vázquez Figueroa con un móvil en la mano, semblante serio y decidido reclama una ambulancia.

—¡Teniente! —exclama Vázquez Figueroa—la ayuda está en camino.

Veo su rostro marcado por el dolor desvanecerse lentamente mientras me desmayo.

Capítulo 3. Ten con Ten.

26 de enero de 2018.

Madrid.

Elena.

Me he pasado toda la tarde atareada en el Congreso. Miles de fotos y visitas rápidas a un buen número de stands y una tarde de compras serán mi coartada perfecta. Estoy agotada. La ciudad es una embaucadora de almas y de carteras. He reservado mesa en el Ten con Ten. Desde que lo vi en un reportaje estaba deseando probarlo. Son casi las siete y cuarto, cenaré pronto.

—Buenas noches, ¿tiene reserva? —me recibe un argentino con un acento y amabilidad exquisitos.

—Así es. Elena Vázquez Figueroa —replico.

—¿Mesa para uno?

—Sí —afirmo con la cabeza.

El metre me pide que le siga por la sala. Me fascina el restaurante. En realidad me lo esperaba más amplio, (los efectos de la televisión) pero llena la vista. Esa mezcla de lo rústico y antiguo, con lo moderno, las enormes vitrinas llenas de copas, cubiertos, platos... Esa aparente casualidad de los objetos repartidos por el local; el encanto de las mesas redondas con los sofás

perfectamente coordinados; las frutas expuestas con tan buen gusto, tan brillantes, tan apetecibles... Me han formado una primera impresión muy grata. Esperemos a ver el menú, a ver qué opino.

—De beber, ¿qué le apetece a la señora?

—Cerveza, negra. ¿Qué tiene?

—Paulaner y Franciscaner.

—Perfecto. Franciscaner entonces.

Sólo con la cerveza ya estoy cenada, pero un día es un día. No perderé la ocasión de degustar la famosa cocina de Sandro.

El camarero coloca sobre la mesa la carta y la cerveza perfectamente servida en copa con un dedo y medio de espuma.

Perfect! —pienso a la vez que le pego el primer sorbo.

Alzo la carta y me sumerjo en ella. ¡Cuántos platos! No tardo mucho en decidirme. Es muy tarde, estoy hambrienta y he tenido un desgaste de energía enorme en el día de hoy. Me voy a pegar un festín aunque sea de noche.

Levanto la mano para que el camarero venga a tomar la comanda.

—¿Qué será? —pregunta diligente.

—Tomaré: Alcachofas braseadas con espinacas y...

—¿Espera a alguien más? —me interrumpe.

—No —respondo.

—Es un plato para compartir, puede que le resulte un poco grande...

—Pues póngalo más pequeño... Y mil hojas de fue con membrillo y queso de cabra.

—Marchando —afirma el camarero.

«Bip, bip». Suena una alerta del móvil. Me sobresalto porque es la alarma que he configurado para sus mensajes... Es un WhatsApp.

Sonrio nerviosa a la vez que lo abro... Este maldito Lumia es más lento... Tarda unos 10 segundos en abrir... Que desesperación.

Nando_19:17

¿Pediste el deseo? Es de noche y ya han salido las estrellas.

Elena_19:18

Pues la verdad es que Madrid está muy iluminado y no he visto ni una sola estrella.

Nando_19:18

Estás segura... Mira bien... Si te concentras seguro que ves alguna... No vaya a ser que se te escapen los deseos...

El corazón me va a mil por hora. Aún tengo el sabor de miembro en mis labios. Me regodeo de gusto al recordarlo y me relamo inconsciente de dónde me encuentro. Pego un sorbo a la cerveza; sus casi 6 grados me hacen efecto rápido y me empieza a embriagar. Me mordisqueo el labio pensando en la respuesta...

Elena_19:19

¡Qué suertuda! Acabo de ver una... Pero no sé yo...

Nando_ 19:20

... Y... qué has deseado??...

Elena_ 19:21

Si te lo digo... No se va a cumplir... Ya sabes... Las estrellas fugaces son caprichosas.

Nando_ 19:22

Prueba... No tienes nada que perder...

Elena_ 19:23

Cierto... A lo sumo, me quedo como estoy... He deseado...

Envío la respuesta a medias. Espero unos segundos para terminar la respuesta, estoy en medio de un restaurante abarrotado de gente, con mi pequeña historia, sonriendo sola... Me da la sensación de que pueden leer mis pensamientos... Mis gestos me delatan, mi nerviosismo, no paro de morderme el labio, me relamo de gusto recordando su sabor... Me palpita el pecho y algo más...

Elena_ 19:25

... He deseado, que estuvieras cenando aquí conmigo...

Nando_ 19:29

¡Estás de suerte!... Salgo de viaje en tres horas... Y...de cualquier modo

tengo un rato para cenar... Mándame la ubicación ¿Estás muy lejos?

¡Será malo! Me ha engañado...durante poco tiempo...

Elena_19:31

Calle Ayala, 6. Ten con Ten.

Nando_19:33

¡Está aquí al lado! Llego en Ten ;)

Elena_19:34

Estupendo!! Te espero impaciente...

Levanto la mano y aviso al camarero:

—Seremos dos finalmente. ¿Puede colocar otro cubierto?

—Por supuesto —responde amable.

Prepara otro plato, una copa, la servilleta doblada con un zig zag, los cubiertos y coloca otra silla.

—¿Podría ser el plato de alcachofas para compartir?

—Si aún no está lista la comanda, no hay ningún problema —responde con una sonrisa en los labios.

Se aleja con rapidez y precisión. El restaurante es uno de los más

cotizados en Madrid ha sido una suerte poder reservar mesa con tan poco tiempo, sino me hubiera tenido que conformar con un restaurante de comida rápida.

De repente, como dirían los psicólogos, el azar hizo que me girase para contemplar cómo caminaba hacia mí desde la entrada. Ha venido en moto, el casco le delata. Viste una chaqueta azul, botas marrones de cordones y unos vaqueros. En su cuello una bufanda roja. A la vez que camina se va desabrochando la chaqueta, dejando a la vista un jersey azul marino que cubre una camisa blanca. Su cuerpo escultural y bien torneado se mece con rotundidad a cada paso. Sonríe de medio lado e inconscientemente se relame el labio inferior. ¡Es tan sexy!

—Hola —saludo con tono sensual a la vez que me levanto. Me paro un segundo frente a él y le planto un beso muy cerca de la comisura de los labios. Parpadea despacio y se muerde con fuerza el labio. Le hago un gesto con la mano para que tome asiento.

—He pedido un par de platos. El primero podemos compartirlo... Aunque acabo de caer en la cuenta de que no sé si te gustan las espinacas ni las alcachofas... Pero intuyo que tienes buen paladar.

Suelta una carcajada.

—Yo soy más de comer carne, la fresca me encanta... —me encanta cuando empezamos con los juegos de palabras.

El camarero se acerca:

—¿Qué tomará el señor?

—Lo mismo que ella —contesta.

—¿Cerveza negra? —pregunto extrañada.

—Para ir entonando... —Levanta la mano para que se acerque el camarero

—Tomaré Lomitos de cordero rellenos —deposita la carta sobre la mesa.

—La verdad, es que te daba por perdido, al menos por el día de hoy. Teniendo en cuenta lo que nos espera... —afirmo con rotundidad. Me coloco bien el cuello vuelto, a la vez que compruebo la chaqueta de cuero que he dejado apoyada en el respaldo de mi silla. Llevo unos vaqueros y unas botas planas tipo vaqueras que me encantan. Son fáciles de quitar. La mesa lleva un mantel que cubre hasta el suelo y que será mi encubridor... Me quito la bota derecha y comienzo a jugar con el pie por debajo de la mesa. Le subo levemente los pantalones y le acaricio la pantorrilla. Nando entorna los ojos y sonríe.

El camarero se acerca y le sirve la cerveza.

—Chin chin —brinda a la vez que levanta la copa.

—Suerte —rozo con mi copa la suya emitiendo un leve chin. Bebo un sorbo largo. Me gusta la leve sensación de embriaguez que me da el alcohol. Estar con él en un restaurante, me cohibe mucho más que estar con él a solas.

—No he podido quitármelo de la cabeza —confiesa mientras se descalza y me sube una pernera del pantalón por debajo de la mesa. Pego un rápido respingo y me muerdo los labios.

—Yo tampoco —reconozco a la vez que avanzo con los dedos sobre la mesa cual gusano zigzagueante. Entreabre la boca y acerca sus dedos a los míos... Juguetemos rozándonos brevemente. El restaurante está lleno, nadie en especial nos mira, nadie nos presta atención... Pero tenemos que ser discretos al máximo... Me va a explotar el corazón.

El camarero coloca el plato de alcachofas en el centro de la mesa y le metemos mano. —¡Estoy hambriento! —protesta —Hoy no he almorzado lo suficiente. He tenido alguna que otra distracción... —No puedo evitar soltar una carcajada. Sin duda el alcohol ya ha hecho efecto y tengo la risa floja y la mente caliente.

Devoramos el plato de alcachofas y otros dos más...

—¿Te apetece postre? —pregunta ya casi satisfecho tras el atracón de comida que nos hemos dado.

—Claro que me apetece, pero pensaba tomarlo en otro lado... —Sonrío de medio lado intentando transmitirle mis claras intenciones, que inmediatamente capta.

—De acuerdo, lo tomaremos en ese otro lado que tenías pensado—

Pedimos la cuenta y pagamos a medias.

—Voy un segundo al baño —le informo.

—Te espero fuera.

20:15 p.m.

Camino deprisa hacia el baño. Hay una zona de lavabos y 3 inodoros separados. Me miro al espejo. Me coloco el pelo y me retoco el maquillaje. Me pongo un poco de brillo de labios y paso a uno de los inodoros. El corazón me late deprisa. Ya le he probado, ya le he sentido cerca, pero no puedo apartar de mí la sensación de querer más... Me ha reenganchado...

Salgo del baño y me dirijo a la puerta. Es una noche fría, 9°C, y mi chaqueta de cuero no es muy adecuada para las noches de Madrid. Son las 21:30. Aún tengo tiempo. Miro a un lado y a otro y no le veo. Me quedo desconcertada un segundo y escucho cómo se acerca con la moto. Sonrío y pienso: «¡Qué sexy!» Me engancha el subidón de adrenalina que me proporciona ir en moto. Coloco mi mano en posición de autoestopista y se para frente a mí. Pone la pata de cabra y se baja. Del cofre saca un casco. Meto mi bolso dentro y algunas compras que he hecho.

Arranca con contundencia y acelera rápido. La adrenalina le desborda y me inunda. Pega una frenada que hace que me pegue completamente a él. Suelto de los agarres traseros y meto mis manos en los bolsillos de su chaqueta. Pego mis caderas y mis pechos a su espalda a lo que responde con una mano sobre mi muslo izquierdo... Apretando y acariciando con fuerza.

Toma la Calle Génova, toda para arriba.

Se dirige al hotel —pienso—...bien... Entonces ese postre le va a gustar mucho.

Llegamos al Tirol en lo que a mí me parece un salto. Ha volado sobre el asfalto. Accede al aparcamiento del Hotel con la moto. Me bajo de un salto y me quito el casco. Lo coloca en el cofre y me das mis compras y mi bolso.

—¿Pero qué llevas aquí? —pregunta extrañado al coger en peso el bolso.

Me rio a carcajadas...

—Cosas de mujeres... —me pongo colorada. No se puede aguantar. Deja el casco sobre la moto y me acorrala contra una columna; pasa una mano por mi cuello y otra por mi cintura. Me sujeta con fuerza, como si me quisiera engullir... Me besa muy muy profundo a la vez que me acaricia las nalgas. Dejo caer las bolsas al suelo, y ya con las manos libres, le aprieto contra mí. Noto su erección... Quiero subir a la habitación ¡Ya!

—No tengo mucho tiempo —susurra a la vez que recoge las bolsas del suelo.

—Yo tampoco —replico. No tiene ni idea de lo que me apetece comer de postre.

Subimos en el ascensor, no sin propinarnos sendos roces, embestidas, caricias... Espero que no haya cámaras. Las imágenes serían todo un festín para los empleados de seguridad.

A duras penas abro la puerta mientras me besa y me mete mano por debajo de la chaqueta de cuero. Dejamos desparramadas las bolsas, los abrigos y nos desnudamos como dos adolescentes cachondos, impacientes y borrachos.

Desnudos, ansiosos y lascivos, nos besamos con lujuria frente al espejo de la habitación. Nos detenemos un momento y nos miramos en el reflejo del espejo aún a oscuras. Busca el pañuelo con el que le vendé los ojos y hace exactamente eso. Observo mi cuerpo desnudo mientras me ata el pañuelo desde atrás. Ahora, nada. Toda oscuridad. Todos los sentidos a flor de piel. No sé si estaré preparada para esto.

—Hace frío —Escucho sus pasos moverse por la habitación noto la calefacción encendida. Sus pasos se mitigan con la moqueta. No sé dónde está. Escucho como revuelve entre las bolsas...debió ver algo cuando se cayeron al suelo. No era este mi plan, pero... Me gusta... Ahí sigo...de pie en medio de la habitación...de repente, siento un cosquilleo por la espalda seguido de un escalofrío... Me retuerzo de placer... Es la pluma de avestruz que he comprado esta tarde y que pensaba estrenar en su cuerpo, pero me encanta este giro de los acontecimientos... Sigue acariciándome con la pluma, ahora se dirige a mi vulva... Estoy chorreando... Sigue hacia abajo, hacia las corvas... A la vez que se agacha besa mi sexo chorreante... Me curvo y busco su boca con mi cuerpo... Abro la boca y gimo de placer... Continúa besándome, engullendo mi húmedo y caliente sexo...desbordo de gozo... Poco a poco va bajando y dando la vuelta a mi cuerpo a la vez que me va relamiendo... Llega a las corvas de las rodillas. Succiona y lametea, pego un grito ahogado de placer... Ha parado... Oigo sus pasos... La excitación es máxima... Noto su respiración en mi nuca y su miembro erecto acariciando mis nalgas... Me sujeta las manos y me levanta los brazos. Utiliza la bufanda para atarme los brazos hacia arriba... Se coloca frente a mí y le atrapo con mis manos atadas apretando desde sus fuertes nalgas hacia mi vulva.

—Ssssss —susurra—la palabra de seguridad es azul.

—¿Palabra de seguridad? —pregunto desconcertada, no me gusta perder el control, necesito volver a tomar el control. Quiere ponerme a prueba.

Quiere saber si soportaré estar a ciegas.

Sella mis labios con un beso intenso, profundo y se libera. Me conduce despacio hasta la cama y me tumba boca arriba. Sujeta mis manos sobre la cabeza a la vez que me penetra despacio y profundo... Su dedo pulgar en mi boca abierta. Comienzo a succionar. Estoy muy excitada y muy mojada. Su pene entra y sale con facilidad, cada vez más rápido y más fuerte. Me retuerzo de placer. Quiero acariciar su espalda pero no puedo... Se detiene... Sus manos calientes me acarician todo el cuerpo, me da la vuelta y me coloca boca abajo pero me gira hacia el lateral de la cama. Suelto una carcajada... ¡no puedo moverme y estoy muy cachonda! Quiero verle, pero me gusta la sensación de no saber qué va a ocurrir, de tener que usar mis otros sentidos para detectar sus movimientos...de repente noto en mis labios su glande...de manera casi instintiva lo beso, con suavidad, con cuidado de que los dientes no rocen su piel... Me encanta su sabor... Succiono brevemente y muevo las manos en señal de que podría hacerlo mejor si estuviera libre...

—Está bien —susurra —pero solo por ahora. Con la mano derecha sujeto el tronco y hago un movimiento acompasado con la boca en espiral... Escucho como gime de placer... Con la mano izquierda le acaricio la entrepierna... Me relamo de gusto... Me encanta... Pierdo la noción del tiempo. Me detiene y me retira... Sigo boca abajo, siento que se acerca por mi espalda y me penetra rápidamente... Entra muy fácil... Estoy muy caliente...gira las caderas haciendo movimientos en círculos que hacen que gima de placer... Un placer muy intenso... En esta postura llega muy profundo... Su mano acaricia mi sexo a punto de caramelo. Alzo las caderas para acompañar sus embestidas, cada vez más rápidas y profundas.

Se detiene y me libera de mi venda. Puedo ver su silueta gracias a la claridad que entra por la ventana. Las cortinas están abiertas y estamos expuestos a cualquier mirada ajena. Siento que nos observan. Me incorporo y le guío hasta una butaca estratégicamente colocada en la esquina de la habitación. Fuera del alcance visual de la ventana. Le invito a sentarse.

Me agacho y le engullo de nuevo. Su cuerpo se tensa dejando ver su excelente forma física. Sus músculos y sus venas surgen a través de su piel.

Acaricio su pecho a la par que lamo su glande. Sé qué le gusta y cómo dárselo.

Acaricia mi pelo y me detiene. No necesitamos palabras, sabemos perfectamente qué viene a continuación. Se levanta y se muerde con fuerza el labio inferior. Me levanta con sus robustos brazos y me apoya contra la pared.

Nos hallamos inmersos en un súmmum deleite.

Soy la primera en llegar al orgasmo. Me rio inquieta y ansiosa por la hora. Su boca entreabierta me invita a besarle con intensidad.

—Aún no hemos acabado —afirma rotundo—. Todavía tengo que hacer que te corras un par de veces más.

Su erección es inmensa. Sé que puede estar así horas y sé que no me va a dejar a medias.

—Será toda una delicia que mis posaderas se apoltronen sobre tus caderas hasta que guste vuesa merced —río haciendo una clara alusión al castellano antiguo.

—Así sea pues —indica mientras se sienta en la cama, conmigo aún en brazos.

Me siento a horcajadas sobre él y le cabalgo. La excitación es máxima y no tardo en conseguir mi segundo orgasmo.

Se está conteniendo Sabe que pronto marcharé y quiere dejar su huella registrada en mi piel.

Somos unos adictos al placer que nos ocasionan nuestros encuentros furtivos. El subidón de adrenalina es tal que todo lo demás deja de existir. Nos envolvemos en una burbuja de placer de la cual entramos y salimos a nuestro antojo.

Suena el teléfono y lo alcanza sin salir de dentro de mí. Carraspea y recompone la voz a la vez que sigue moviendo las caderas con suavidad... Observa el número antes de contestar. Son unas siglas B45.

—Sí —asiente—. Estaré en 15 minutos —cuelga y me muerde el labio de abajo, reprimiendo el deseo de seguir con su plan orgasmatrónico. Me giro hacia la izquierda y me coloco de lado. Se coloca de rodillas sobre la cama, mi pierna izquierda por en medio de sus piernas y mi pierna derecha por delante de las suyas... Me penetra en esa postura y abre mucho los ojos... Llega muy adentro... Me turba la razón... Estoy a punto de estallar de nuevo y él también. Giro las caderas al unísono con las suyas y me mira justo en el momento en que se corre... Siento su orgasmo y me estallo de placer a la vez que él... No podía más... Inundamos la habitación con un grito brutal, animal, desmesurado.

Se deja caer sobre la cama como el conejito de Duracell ya desgastado, sin pilas; respira profundo un momento. Toma aliento y se levanta besándome un pezón al tiempo.

—Veo que no has necesitado la palabra de seguridad —susurra a mi oído.

Suspiro a modo de respuesta.

Entra al baño a recomponerse y quitarse el olor a sexo que le empapa.

Se viste rápido, no dice ni una sola palabra. Me tumbo boca abajo sobre los pies de la cama y le observo mientras se viste, con la cara aún descompuesta de placer. Sus ojos despiden fuego. Se saca algo del bolsillo y lo deposita sobre la cómoda. Se acerca y se agacha para besarme. No dice nada. Solo su mirada. Me devora con su mirada. Me tiene hecha un flan. Como buen jugador de ajedrez acaba de darme un jaque Pastor que no he visto venir aunque aún quedan más partidas.

—Carpe diem —dice mientras se levanta para abandonar la habitación.

—Hic et nunc —respondo.

20:53 p.m.

Abandona la habitación y me quedo extasiada en la cama, exhausta, con su sabor en los labios.

Caigo en un profundo sueño.

Capítulo 4. Chinook.

8 de septiembre de 2009.

Marghozar, Afganistán.

01:52 a.m.

Bárbara.

Otra vez ese nauseabundo olor. Las paredes hechas de adobe desprenden esa inconfundible pestilencia a estiércol con el que hacen los insurgentes sus refugios. Exentos de cualquier material de construcción occidental tienen que recurrir a los métodos constructivos tradicionales.

No he perdido la cuenta de los días que llevo aquí, cinco larguísimos días. Bajo la venda que cubre mis ojos atisbo la claridad. Me aprieta mucho. Tengo que mantenerme cuerda y estar atenta a todos y cada uno de sus movimientos. Sólo tendré una oportunidad para salir con vida de esta.

Recuento mentalmente el número de efectivos a los que me enfrento. La ausencia de visión ha multiplicado mi sentido del olfato. Los distingo por su hedor. Hacen turnos de ocho horas, previsible. No obstante, no cuadran las horas con el día o la noche, sino que lo hacen intercalando para despistarme. El próximo cambio está cerca. Lo hacen de madrugada. Calculo que será en torno a las 02:00 con un margen de unos 20-30 minutos.

Tras cinco años en activo, manejo el Pashto y el Dari a la perfección. Cosa que ellos desconocen. Discuten mucho y el más joven de ellos, Yamil, no está contento con el trato que me propician. Es el más débil, por lo que mi objetivo es empatizar y conseguir que me desate. Las cuerdas que me sujetan pies y manos me impiden caminar, o rascarme siquiera.

Sé que en cualquier momento vendrán y rebanarán mi cuello con una catana, no debo sentir empatía con su causa. No tendrán piedad por el hecho de ser una mujer.

Mis posibilidades de supervivencia son remotas. Lo sé con certeza porque durante el asalto a la caravana en Sabzak, salí herida tras la explosión, pero no se molestan en curarme. No soy útil para ellos, ni siquiera soy una moneda de cambio, soy una cabeza de turco que exhibirán orgullosos cuando ya no esté sujeta a mi cuello.

Apenas me dan de comer. Una vez al día Yamil se acerca y me trae arroz. No me quita la venda de los ojos pero me trata con cuidado. No como los otros dos, Jasim y Jafar quienes me propinaron una tremenda paliza hasta dejarme inconsciente el primer día que me trajeron aquí. Ya no siento el dolor. Los entrenamientos para mi preparación fueron duros y extenuantes, pero la realidad supera a la ficción.

Creo que me queda poco tiempo, esta noche debo escapar.

Alguien se acerca, es Yamil, sus pasos se hacen inconfundibles. Debe tener algún problema de nacimiento en su pierna y por eso la arrastra descompensada con su caminar. Eso le hace vulnerable y lo utilizaré en mi favor.

—Aquí estas —dice en un perfecto Dari. No espera que le entienda.

—Mis hermanos tienen planeado cortar tu cabeza y enseñárselo a todo el mundo. Esta será tu última comida—concluye con tristeza.

—No tiene por qué serla —susurro—. Tú puedes ayudarme a escapar.

He sentido el respingo que ha dado cuando le he hablado en su idioma. No me habla. Se ha quedado inmóvil, no puedo permitir que se vaya y avise a sus hermanos.

—Yamil, yo también tengo una familia y unos hijos —miento—, yo también quiero que tu país sea libre. Por eso vinimos, a reconstruirlo, a enseñaros a defenderos. Yo no soy nadie, sólo soy una ingeniera que vino a hacer caminos para vuestro país. Nadie me echa de menos, sino, ya habrían venido —siento que me escucha con atención, tengo que conseguir que me desate, noquearlo no serviría de nada si no puedo huir.

Sale deprisa de la habitación ¡Mierda! Va a dar el aviso. Si no ocurre un milagro mi cabeza abrirá la cabecera de todos los informativos. Tengo que actuar, no puedo rendirme a mi destino, así, sin más, sin luchar. No va en mi ADN, no es lo que me enseñaron. Pongo en marcha el plan B. Durante los cinco días que llevo aquí he recopilado varios objetos cortantes con los que he ido haciendo daño a la cuerda que me sujeta. Tengo que ir más deprisa e intentar liberarme para enfrentarme y oponer resistencia.

De repente, un ruido sordo sobre mí. Es un CH-47D Chinook, aún tengo alguna esperanza... Abren fuego de fusil, su sonido es inconfundible.

Sujeto con los pies un trozo de lo que parece ser un plato de cerámica roto y muevo con todas mis fuerzas la cuerda que me sujeta las manos. Si quiero tener alguna posibilidad todos mis sentidos tienen que estar al máximo y quiero quitarme esta maldita venda ¡ya!

Todo sucede muy rápido. Oigo a los hermanos increparse, vienen a toda prisa hacia mí. Su cabeza de turco está a punto de esfumarse y sus planes de frustrarse.

¡Lo he conseguido! ¡He liberado mis manos! Rauda me quito la venda ¡No puede ser! No veo nada. Estoy a ciegas. Desato mis pies y pego mi espalda a la pared junto a la puerta. No veo, pero sé dónde está. Todos estos días he fabricado un plano mental del lugar. Noto la corriente de aire al

descorrerse la cortina que funciona a modo de puerta.

Es Jafar, su inconfundible esencia almizcle de feromonas y adrenalina me barre la cara.

—Ahhhhhhhh —grito a la par que le propino un fuerte golpe en el cuello. Es muy fuerte y yo estoy herida y débil, no será fácil librarme de él. Mi segundo golpe va a parar a sus partes bajas. El factor sorpresa ya no juega a mi favor y él está armado y cabreado.

En la penumbra de la habitación apenas puedo verle, mi ventaja es que conozco la habitación palmo a palmo y mi hándicap que no tengo nada con qué defenderme, sólo mi astucia.

En ese momento, mi cerebro halla una posibilidad, una salida a la enorme daga que había desenfundado Jafar. Recuerdo los movimientos de capoeira que aprendí en las clases de teatro y comienzo a girar. Aunque llevo cinco días sin apenas comer ni dormir bien, soy fuerte y no tengo miedo, el subidón de adrenalina me ha quitado todos los dolores y me ha convertido en una rehén supe cabreada. Utilizo mi furia para propinarle una patada barrida desde abajo y cae al suelo. Aprovecho y me dirijo a la puerta. Se ha levantado y viene hacia mí con la daga directa a mi corazón. Aprovecho la inercia de su fuerza y lo envuelvo con la cortina. La daga cae al suelo. La recojo y ya con Jafar inmóvil, la coloco sobre su cuello. Con un movimiento rápido acabo con su vida.

Estoy descalza, pero eso no me preocupa, el Chinook está ahora encima de un patio al que desembocan una serie de habitaciones comunicadas por un pasillo. No veo más allá. Es de noche y todas las luces han caído durante el asalto.

Diviso a mi equipo con trajes de asalto y cámaras de visión nocturna. Soy su comandante en Jefe y en ese preciso instante me hago cargo de la situación. Han caído cuatro insurgentes. Uno de mis compañeros tiene arrodillado a Yamil. Me mira y doy la orden. Lo ejecuta en ese mismo

instante.

Del Chinook prenden dos cables desde los que han accedido al patio. Alzo un brazo y anuncio la retirada.

No hemos sufrido bajas. Uno de mis compañeros me brinda un cinturón con el que me anclo al clave que nos eleva hasta la bodega del helicóptero.

La aeronave se eleva y se aleja de la aldea.

Puedo sentir como la adrenalina nos desborda.

—¡Yiiiiijaaaaa! —gritamos al unísono.

—¿Deacon? Situación —ordeno.

John se quita el casco de asalto. Su rostro cubierto de sudor y de júbilo le delata. Es un adicto a la adrenalina. Ha sido una misión difícil, con accesos complicados y posibilidades de negociación imposibles.

—¡Todo en orden, señor! No hemos sufrido bajas y ni heridos.

Sonrio satisfecha.

—¿Mercury? ¿May? —Se descubren y veo sus caras aliviadas y exhaustas por la tensión.

—¡Todo bien señor! Responden al unísono.

—¿Taylor? —pregunto al piloto. Levanta el dedo pulgar en señal de afirmación y continúa concentrado en el pilotaje.

Tras veinte minutos de vuelo llegamos a la base situada en Moqur. Todo el equipo baja de la bodega excepto el piloto y yo. Taylor sale de la cabina con rostro serio, con un halo de preocupación disipada y alegría.

—No creí recuperarte con vida —asiente.

—Mala yerba nunca muere —sonrio de medio lado.

Tengo magulladuras por todo el cuerpo y una herida abierta sin curar en el abdomen.

—Vamos a la enfermería —dice mientras me ayuda a bajar del helicóptero — Llevas muchos días sin asepsia y se te puede infectar la herida —replica en un tono casi fraternal que me sorprende.

—¡Eyyyyy! —exclamo mientras sujeto su cara con ambas manos —Soy yo, una guerrera consumida. Recuerda siempre que, en este trabajo sabemos cuándo salimos, pero nunca cuándo ni cómo volvemos —sentencio.

Me apoyo en su hombro e iniciamos la marcha hacia la enfermería. De repente, un beso furtivo en la mejilla.

Capítulo 5. El tablón.

1 de junio de 2005.

Universidad Politécnica, Madrid.

Elena.

—¡Por fin! —exclamó Adela mientras corría hacia mi mesa preferida de la cafetería —¡Ya han salido las notas del trabajo fin de carrera! —exclamó eufórica.

Desbordaba júbilo y juventud por sus cuatro costados. Su preciosa melena de pelo negro rizado ni se había despeinado con su súbita carrerilla.

—¿Y...? —pregunté mientras pegaba un sorbo a una deliciosa taza de café negro que mi buen amigo Luis me había preparado.

—¡No las he mirado... Vamos! —insistió tirando de mí.

—Un momento, déjame que me deleite con la espuma —esbocé una sonrisa.

Pegué un último sorbo y salimos disparadas hacia el tablón.

La Politécnica no solo tiene fama de ser una de las Universidades más exigentes sino también la que más oportunidades laborales brinda. Durante los pasados seis años nuestra dedicación a la Ingeniería había sido absoluta, habíamos exprimido nuestros cerebros buscando siempre nuevas soluciones innovadoras. Era nuestro factor diferenciador, sin olvidar la competencia con la que nos incentivábamos mutuamente.

Helo aquí. Nuestro trabajo cumplido, nuestros sueños hechos realidad, a un folio y un cristal de distancia.

—A ver, V...Vaca, Valencia, ¡Vázquez! —exclamé efusiva —Vázquez Figueroa, Elena. 9,8.

—¡Guay! —clamó Adela mientras buscaba su nota—Aquí estoy, Carranza López, Adelaida. 9,8 —¡Bien! —cerró su puño a la par que daba un pequeño respingo.

—No me esperaba menos de ti —inquirí socarrona.

—Ni yo de ti —me correspondió.

—¿Y ahora... Qué? —pregunté con la clara intención de conocer su próximo movimiento,

—Ya sabes —comenzó— que siempre he querido dar clases aquí, así que espero conseguir una de las becas del Departamento de Ingeniería Civil e ir haciéndome un huequito —concluyó.

—¡Qué aburrido! —exclamé levantando ambos brazos a la vez —¿No te apetece más una aventura constructiva por los países Nórdicos, o por África? Ahora mismo, hay trabajo donde queramos. ¡Embarquémonos en una aventura! —mis ojos expresaron mi pasión de buscar hazañas en algún país extranjero.

—¿Cómo? ¿Aventuras, dónde, cuándo? —inquirió Alfonso que se acababa de incorporar a la conversación. «Es tan guapo» pensé a la vez que le propinaba un sonoro beso en los labios. Había sido el chico más cotizado durante toda la carrera dado que su madre era el Ingeniero Jefe de uno de los Estudios de Ingeniería más importantes de Madrid. Nunca me importó su reputación ni sus orígenes, de hecho al principio le ignoraba con cierto recelo de competitividad. Siempre discreto y acompañado por su íntimo amigo Nacho, procuraban no tener líos de faldas, al menos de manera pública y notoria. Nuestra historia comenzó con una rivalidad. Una chica Sanlúcar, enérgica, jovial y ambiciosa, venida a Madrid... independiente, que le

plantaba cara a nivel intelectual... No fue precisamente un buen comienzo. A mí me apasionaba la Ingeniería, quería formar parte de la élite, colaborar en proyectos significativos y para ello trabajé duro durante mi adolescencia, renunciando a los veranos por el negocio familiar. Colaboradora apasionada en el taller de flamenco, el símil con la ingeniería era innegable: los patrones eran planos para construir un monumental edificio de tela que sería lucido por toda la geografía. Única hija de un matrimonio de empresarios de moda flamenca, él de Sevilla, ella Alemana, me enseñaron el valor del esfuerzo y del trabajo desde pequeña. Siempre activa, viajando con mis padres a las más exitosas pasarelas de flamenco, quise tomar un rumbo diferente. Al llegar a Madrid, pese a llevar el segundo mejor expediente académico, la pugna era monumental. Hijos de, primos de... Una maraña de politiqueos y recomendados contra los que se suponía que no podía hacer nada. Me equivocaba. Ningún «de» servía allí. Los exámenes eran igual de duros y el profesorado exigía el máximo de cada cual. Alfonso, destacaba notablemente en Cálculo estructural y yo en Ingeniería del terreno por lo que ambos queríamos superar al otro mutuamente.

Nuestro primer año de carrera fue una puja constante por las mejores notas que se saldó con un empate.

A mediados de junio regresé a mi Sanlúcar, ciudad en la que desembocaron mis padres gracias a una revista que en los años setenta ensalzó el clima y la gastronomía y de la que se enamoraron tras pasar allí todo el verano del 78. Fue un verano sublime. Había trabajado durante todo el curso y mi recompensa fue, playa, playa y más playa. Me tomé un mes intenso antes de volver al taller. Lo necesitaba.

El dos de octubre llegó pronto. Iniciamos de nuevo las clases con nuevas asignaturas aunque los mismos compañeros y algún que otro repetidor. Las clases eran reducidas en número dada la criba que se había hecho el primer año.

El responsable de nuestro acercamiento fue el Profesor Vicente Flores, quien hizo un curioso sorteo para distribuir los grupos de trabajo de la asignatura de Materiales.

—Buenos días —saludó al entrar en clase—. Durante este primer trimestre la asignatura se evaluará en función de un trabajo en equipo. Sí —continuó rotundo al escuchar las protestas del alumnado—, he dicho en equipo. ¿O es que acaso creéis que cuando acabéis la carrera vais a trabajar solos? —preguntó inquisidor—. La mayoría de vosotros trabajará en un grupo de trabajo multidisciplinar junto a otros técnicos y no siempre estaréis a gusto. Tendréis que adaptaros a las circunstancias y... Creedme, eso os ayudará a crecer o todo lo contrario —concluyó—. Comencemos pues con la asignación de equipos. Chicos por un lado y chicas por otro. De los 32 alumnos que estáis matriculados, los chicos elegirán un número impar de esta bolsita roja de números impares que mis hijos diligente y amablemente han separado hasta el número 31 y las chicas de esta bolsa amarilla de números pares. Os iré pasando las bolsas y cada cual que coja una bolita según su género. Cuando todos tengáis una bolita, os iré nombrando según los números que previamente mis hijos han emparejado y veamos cómo se muestra el azar en la asignación de equipos —acabó su exposición sentado en el pico de la mesa con una sonrisa picarona.

—¿Profesor Flores? —preguntó Eugenia Bermejo a la par que levantaba el brazo.

—Dígame.

—¿Y si no nos gusta con quien nos ha tocado?

La clase estalló en una carcajada.

—Como ya he explicado, no siempre nos va a tocar trabajar con gente que nos guste. Es una toma de realidad frente a lo que os espera cuando iniciéis vuestra andadura profesional por el mundo exterior —añadió haciendo un gesto con la mano a modo de misterio.

—Comencemos.

El profesor estrenó la lista con el 17 y el 8. A medida que iba nombrando

parejas de números los afortunados iban levantando la mano y Flores anotando las parejas.

—El 19 y el 22.

—¡Bingo! —exclamé a la vez que me giraba para ver quién sería mi compañero de equipo durante los próximos dos meses. En retrospectiva, podría decirse que aquel día me tocó la lotería. Alfonso levantó la mano con elegancia, sin estruendo ni aspavientos.

—Un placer —indiqué a la vez que extendía mi mano hacia él sentado dos mesas más atrás.

—Igualmente —respondió blandiendo una immaculada sonrisa que hasta aquel momento no había podido observar.

Nuestra primera cita fue en su casa, en la Calle Ríos Rosas, 46, en el Barrio de Chamberí. Sin duda quería intimidarme. Un enorme edificio con aire Palaciego y un piso de 250 m² en una de las mejores zonas de Madrid. No en vano, su madre regentaba uno de los mejores y más valorados estudios de ingeniería a nivel internacional.

—...Ático... —susurro mientras pulso el telefonillo.

—¡Hola! —escucho su voz al otro lado—. Te abro.

Accedo a un amplio zaguán de entrada chapado en mármol travertino hasta media altura que enmarcan enormes espejos que simula amplitud a la entrada. A cada lado, invitando a soñar, dos tresillos estilo Luis XVI, perfectamente entonados con la piedra. No puedo evitar acariciarlos al pasar. En el techo dos con resplandecientes lámparas de cristal inspiran una acogedora, luminosa y lujosa entrada estilo francesa. Me dirijo hacia las escaleras. Nunca me han gustado los ascensores, además siento curiosidad por ver la distribución de los rellanos por plantas.

Subo tranquila, para no llegar asfixiada a la última planta. Cuando al fin desembarco en el ático, Alfonso espera impaciente en la puerta.

—Creí que te habías perdido —afirma con suavidad—. El ascensor está operativo.

—Me gusta caminar —respondí extendiendo mi mano para saludar. Estrechó mi mano y se inclinó para regalarme dos besos.

Fue en ese preciso instante que percibí su inconfundible olor a feromonas. Indescriptible. Simplemente sentí una atracción animal hacia él.

Con un gesto de su mano me invitó a pasar al interior de un moderno piso de suelo de roble desgastado por los años que le conferían un aspecto acogedor. Esperaba una casa más estricta en el más amplio sentido, sin embargo me encontré con un hogar minimalista decorado con mucho gusto con muy pocos objetos y millones de libros y fotos familiares por todas partes. Me embriagó.

—Elena, te presento a mi madre, Luisa.

—Encantada —respondí.

—Alfonso me ha comentado que tendréis que trabajar juntos todo el trimestre —prosiguió Luisa —aquí tenéis a vuestra disposición toda la biblioteca y además podéis consultarnos lo que queráis. Alfonso, su padre, y yo estaremos encantados de ayudaros si necesitáis ayuda.

—¡Gracias! —estaba eufórica por la posibilidad de ver de primera mano cómo se manejaba un estudio de esas características.

Fue un trimestre muy intenso. Pasamos de ser dos completos desconocidos a ser inseparables. Nuestra compenetración era perfecta. A mí me apasionaba su inteligencia pausada pero intensa y a él le cautivaba mi espontaneidad y mis ideas locas que desencadenaban en innovaciones que nos hacían crecer juntos.

Poco a poco la ligera línea divisoria, que habíamos marcado desde el principio, se fue perfilando en un círculo en el que nos vimos envueltos irremediablemente.

Sucedió un 7 de diciembre, así sin más. Habíamos trabajado durante dos meses codo con codo. El respeto era mutuo; aprendimos a valorar y admirar los puntos fuertes del otro sin que fuera motivo de confrontación sino todo lo contrario, de orgullo.

—Elena —suspiró blandiendo el trabajo ya encuadernado en sus grandes manos —Done! Cést fini!... Y ahora ¿qué?

—¡Salimos a celebrarlo! —levanté las cejas a la par que tocaba las palmas.

—¡Muy buena idea! —replicó—. ¿Te parece que quedemos para cenar?

—¿Y si llamamos a Nacho y a Adela y vamos los cuatro a celebrarlo? Hace mucho que no los veo y me apetece retomar el contacto con ellos.

—¡Perfecto! ¿A las 8:30 te parece bien?

—¡Genial!

—Nos vemos en el Kuala.

—Ummmmm, comida asiática —me relamí.

El puente de la Inmaculada era la época perfecta, Madrid estaba tranquilo. Todos se iban a la Sierra, todos excepto nosotros cuatro.

Adela fue la primera en llegar, no en vano era mitad británica. Lo llevaba en los genes. Luego Alfonso, Nacho y por último yo. Reconozco que sentí especial excitación aquella noche. No es que supiese lo que iba a pasar, es que un sentimiento había rascado la superficie de mi corazón.

—¡Salud! —brindamos juntos —¡Por la amistad!—sugirió Alfonso.

—¡Por la amistad! —repetimos todos.

Tomamos una copiosa cena de verduras, marisco y delicias fritas típicas de la comida malaya acompañada de cerveza y un licor malayo de postre que sabía a mil demonios.

Éramos jóvenes y la noche larga. Salimos del restaurante en dirección al local de copas de moda, el Marilyn.

Allí fue donde le besé por primera vez. Sonaba la canción «Llamando a la tierra» de Mclan. Mientras bailábamos surgió la chispa. Alfonso se movía muy bien pese a su metro noventa de altura. Era nadador desde pequeño y la camisa le apretaba el pecho. Tenía una forma física excelente. Nos acercamos mutuamente como si un hilo invisible nos uniese empujando desde un extremo hacia el otro.

Lo recuerdo como un momento maravilloso. Siempre permanecerá en mi memoria. Su intensidad al besarme y sus fuertes brazos engullendo todo mi ser.

...

—Pues sí, aventuras —repliqué—tenemos toda la vida por delante para hacer cosas extraordinarias.

—Entonces te van a gustar las nuevas que traigo.

El Ministerio de Defensa se ha hecho cargo del Equipo de Reconstrucción Provincial (PRT) de Badghis, Afganistán y para ello necesitan un equipo de Ingeniería en el terreno — informo al tiempo que alzaba la ceja derecha—. ¿Te parece bastante aventura?

Mi rostro se tornó serio.

—¿Afganistán? Pero... Es zona de guerra... —suspiré.

—Nada es seguro. La vida misma es efímera. Tenemos la oportunidad de trabajar en un sector al que es muy difícil acceder. Conocer un país y una cultura diferente y ayudar. Actualmente no hay combates. España se ha hecho cargo de la reconstrucción de caminos y carreteras —concluyó con pasión Alfonso.

—...¡Está bien!...¡Nos vamos a Afganistán! —brinqué de emoción sin saber con certeza que aquella decisión cambió el rumbo de mi vida.

Capítulo 6. Rosenstrabe

26 de enero de 2018.

Centro Nacional de Inteligencia, Madrid.

Taylor.

16:00 p.m.

«Bip, bip» Poso mi cara en el soporte del nuevo sistema de reconocimiento facial.

Paso al interior del nuevo y moderno edificio donde trabajo desde hace ya 6 años. Suelo de granito, paredes pulcras en blanco y una maraña de despachos y sótanos donde hacer parte de nuestro trabajo.

Las relaciones con Alemania nunca han sido tan fluidas como en este momento, pero este contratiempo sin duda marcará un antes y un después en las relaciones políticas.

Me aproximo a la sala de reuniones donde el equipo ya está esperando, cada cual con el planning detallado de la misión. Hace ya tres años que ascendí a mi actual posición de Teniente Coronel quedando al cargo del equipo de operaciones Queen.

—Buenas tardes —comienzo—no es la primera misión que vamos a

hacer en país extranjero, la diferencia en este caso es que estamos en territorio europeo, lo cual, como bien sabéis, no nos facilita precisamente el trabajo. El planning de vuelo está listo. Nos dividiremos en dos grupos: «Valley» compuesto por Mercury, May y Deacon. Seréis los responsables de llevar todo el equipo y la munición hasta el punto de encuentro. Por otro lado, el grupo «City» compuesto por Bárbara y por mí, que iremos en un vuelo comercial. Valley saldréis desde Torrejón de Ardoz a las 01:00. Punto de salida a 15.000 pies en las coordenadas N 48° 17'27" E 11° 47'35". Cuando toméis tierra caminaréis 3 km hasta el punto caliente. ¿Está claro?

—Sí señor —respondieron al unísono.

—Esta misión es importante para España y para Europa. Las ventajas económicas para nuestro país serán clave en nuestras relaciones con Alemania y con el resto de los países comunitarios. Es nuestra oportunidad de demostrar que no vamos cual barco velero a merced de la olas, sino que hemos encendido el motor y marcamos el rumbo.

Se produce un silencio reflexivo. No será fácil introducir en Alemania todo el material sin ser vistos ni levantar sospechas. La base militar de la OTAN más cercana se encuentra a ciento quince kilómetros y justificar nuestra presencia en el punto caliente es poco creíble. Para los alemanes, vamos de maniobras según planificación de la OTAN. Cualquier contratiempo pondrá en riesgo nuestro objetivo y nuestras vidas.

Son las 16:47. La reunión no ha sido muy larga. Veré a Bárbara antes de ir al aeropuerto y le llevaré el pasaporte que le hemos creado para esta ocasión. Bárbara Sonnen es un nombre que le viene al pelo. No despertará sospechas, como siempre. Parece tan recatada y discreta, pese a ser un bellezón de curvas infinitas y una fuerza descomunal, de clásicos rasgos bávaros enjutada en su elegante vestimenta no despertará mayor recelo que el de una bávara viajando en primera.

21:30 p.m.

Terminal T2 Madrid Barajas.

Vuelo 1807 Destino Múnich...Delayed

Aún no ha aparecido Bárbara, espero que no se haya dormido o algo así. Ha estado en la sombra durante los últimos seis años, quizás retomar la actividad después de tanto tiempo inactiva la haya vuelto descuidada. Fue un activo fundamental durante las misiones en Afganistán. Desapareció, sin más, justo en el momento en que me replanteaba mi relación con ella, y ahora, está de nuevo aquí. Un torbellino en mi vida.

Jugueteo con mi gorra de lana mientras espero impaciente a que aparezca.

—¡Ahí está!—pienso.

Diviso su silueta inconfundible entre la multitud. Es tarde, pero el aeropuerto nunca duerme. Lleva un abrigo a media pierna entre abierto por donde se divisan unos vaqueros ajustados que marcan sus caderas y un jersey rojo de cuello vuelto. En su cabeza, un elegante sombrero color gris que la hace parecer aún más alta. Con su mano derecha arrastra una maleta de cabina color gris. Botas de tacón que hacen que su metro setenta y ocho se conviertan en metro ochenta y ocho. Perfectamente camuflada entre la comunidad alemana.

Sonrie al verme.

—Hola Taylor —y me planta dos besos en las mejillas. Su aroma es inconfundible, no ha cambiado de fragancia.

—Hola Bárbara —respondo a la par que le devuelvo los dos besos sujetándola por la cintura.

—¿Cuál es tu asiento? —pregunto mirándola a esos preciosos ojos azules.

—6B —responde —el vuelo durará dos horas —susurra a mi oído.

—6A, ¡me tocó ventanilla!, además ya sabemos cuáles son las ventajas de ir en primera —reliqué juguetón.

Bárbara sonrió abiertamente mientras tomaba asiento entretanto esperábamos la apertura de la puerta de embarque.

Realmente no quería empezar una conversación a modo de interrogatorio sobre qué era de su vida, ni a qué se había dedicado durante los últimos 6 años o dónde demonios había ido que ni siquiera yo había podido encontrarla.

Nuestro reencuentro había supuesto recordar sentimientos superados, que no olvidados, habíamos vuelto a abrir la caja de Pandora...

—Me alegra que estés de vuelta —alcancé a decir —veo que estás en forma. Nos espera una misión exigente, como las de antes. Si en algún momento te ves superada por la situación, no dudes —informé temeroso de que no pudiera cumplir su objetivo.

—Sabes —comenzó—durante estos 6 últimos años mi vida ha sido muy diferente, mis circunstancias me obligaron a cambiar. Sí —hizo una pausa—. He cambiado —afirmó rotunda—. He cambiado porque he decidido cambiar. He crecido personalmente y he aprendido muchas cosas nuevas. Soy una nueva mujer con una escala de valores diferente, con nuevos objetivos. Pero reconozco, que verte, olerte de nuevo ha sido como entrar en una burbuja del tiempo en la que nada había sucedido, nada había cambiado y eso, me da miedo —asintió categórica.

—No quiero hacerte daño —alegué con convicción—para mí esta misión también es especial. No sé qué pasará mañana o dentro de un rato, de lo efímera de nuestra existencia ya se encargó Afganistán de enseñarnos; quiero vivir cada momento con intensidad. Estos últimos años han sido muy duros para mí. Lucía falleció hace dos años de cáncer. A los dos meses de tu desaparición le diagnosticaron cáncer de mama. Estuvo luchando durante cuatro largos años pero no fue suficiente. Se fue en abril, un 22 de abril de 2016. Fue como si el clima se pusiera de acuerdo y llorase su pérdida. Aquel

día llovió como si no hubiera un mañana.

—Lo siento mucho —atinó a lamentar—de veras, lo siento muchísimo. Hacíais buena pareja —me miró con intensidad.

«Buenas noches señores pasajeros. El vuelo 1807 con destino a Múnich, está listo para el embarque. Les rogamos vayan pasando según las indicaciones de la tripulación. Les deseamos un buen viaje».

Nos levantamos simultáneamente y nos dirigimos a la zona de embarque habilitada para primera clase.

Miro el reloj, 21:55. No es mucho el retraso —pienso—. No compromete la misión.

—Llegaremos tarde a Múnich pero eso no evitará que vayamos al *Spöckmeier* a tomarnos una cerveza —sugiero.

—No me cabe la menor duda —ratificó Bárbara mientras sacaba de su cartera su nuevo pasaporte.

A medida que avanzamos por el túnel de embarque se va apoderando de mí la sensación que hacía años que no me embriagaba. Ella está aquí, con su fuerza, su energía y su inevitable belleza. Tan capaz de discernir entre su propia vida y esta vida de mentiras e intrigas que nos envuelve continuamente.

Tomamos asiento y nos preparamos para el despegue. Bárbara se ha atado el cinturón. Se gira para mirarme, en silencio, toma mi mano y la besa. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Tras todos estos años, y todo lo vivido, la intensidad de su tacto sigue siendo el mismo.

Se enciende la luz que obliga a llevar el cinturón de seguridad y el piloto da la bienvenida en alemán, más tarde en español. La tripulación gesticula las instrucciones de salvamento en caso de accidente, no sé por qué lo harán, si

la aeronave cae las probabilidades de supervivencia son remotas. Lo sé bien.

Tomamos pista para el despegue y pese a tener más de 10.000 horas de vuelo en combate, siempre siento ese subidón de adrenalina del despegue. Soy un adicto a la adrenalina que me produce volar y una adicto a la adrenalina que me produce ella.

La observo mientras despegamos, no puede evitar agarrarse al asiento, es instintivo cuando no eres tú quien controla los mandos.

Bárbara saca un libro de su bolso y se pone a leer. Así, sin más como si nada. Interpreta su papel a las mil maravillas, aprendió de los mejores, no ha perdido un ápice de capacidad de desconexión de las dos realidades paralelas en las que vivimos.

Pronto la tripulación pasa ofreciendo la cena. Es de las pocas compañías que aún sirve la cena incluida en el precio del billete. Apenas pegamos bocado. Afuera, las luces brillantes de las ciudades van marcando el camino. Pronto pasaremos por los Alpes tras lo cual nuestra llegada a Múnich será inminente.

Bárbara levanta la vista del libro que la tiene absorta, en el que con toda probabilidad ha marcado sendas páginas estratégicamente con fechas y horas claves de la misión, y pregunta:

—En el Hotel... ¿Seremos el señor y la señora Taylor, o simplemente Taylor y Sonnen?

—Seremos una pareja en viaje de placer que ha decidido pasar un fin de semana romántico en la maravillosa Múnich, beberemos cerveza y disfrutaremos del encanto de la Marienplatz, empezando por el Zum Spöckmeier en Rosenstrabe.

—Me parece una idea estupenda —responde fijando sus enormes ojos azules en los míos—. Un fin de semana prometedor —sentencia.

Oigo el característico sonido del tren de aterrizaje al bajar. Ya estamos en Múnich. Pronto tomaremos tierra. Nuestro hotel está Junto al aeropuerto un NH, apuesta segura.

El Franz Josef Strauss es enorme, tardaremos al menos veinte minutos en llegar a la salida donde nos espera el traslado al hotel.

Son las 23:30, el piloto ha recuperado el retraso en el aire, de manera que, estamos en hora.

Vidrios y más vidrios se suceden por la terminal, caminamos rápido con paso decidido. Dejaremos las maletas y el hotel e iremos al Zum Spöckmeier, tal y como estaba previsto.

—Gutten nacht! —saludó Bárbara en un perfecto alemán.

—Gutten nacht! —respondió Mr. Schmidt.

Me gusta oírla hablar en su perfecto alemán Bávaro, si bien domino el alemán verla manejarse en la recepción me fascina.

—Raum 540 —indica entregándome una de las tarjetas de acceso a la habitación.

Frunzo los labios en señal de aprobación y nos dirigimos al ascensor. Sin duda, habrá cámaras. Llevo dos semanas dejándome la barba para esta ocasión. Bárbara se coloca el sombrero estratégicamente y se coloca de espaldas a la botonera. Sabe muy bien dónde van instaladas las cámaras de seguridad. Yo también me coloco la gorra e intento que las cámaras no capten mi rostro.

—Planta 5 —indica mientras sale del ascensor.

Nos dirigimos en silencio hacia la habitación. La moqueta del suelo

amortigua nuestros pasos. Es la última de la planta. Sólo tendremos un vecino en caso de que esté ocupada la habitación contigua.

Pasamos y dejamos las maletas. Ya con la puerta cerrada Bárbara coloca su dedo índice sobre sus labios indicándome que guarde silencio. Sigue siendo muy precavida, no ha bajado la guardia. Saca de su bolso un pen que camufla un inhibidor de micrófonos y lo enchufa. Rebusca en el fondo de la maleta de donde extrae dos móviles prepago. Los enciende. Nos damos una llamada perdida para tener registrado el número del otro.

Desde la ventana solo se divisan árboles cubiertos por una espesa niebla. Coloca las cortinas en una posición intermedia y la marca.

Ahora sí, ya estamos listos para ir a Rosenstrabe.

Salimos a toda prisa del hotel en dirección al restaurante. El taxi que pidió durante el registro nos está esperando. Las calles de Múnich, pese a que es muy tarde, son un no parar de coches. La ciudad sigue de fiesta y los restaurantes están a rebosar.

00:10 a.m.

Hemos llegado diez minutos antes de la hora acordada.

El local se sitúa en un edificio de ladrillo rojo visto con un resalte blanco en una de las ventanas de la primera planta, la izquierda, justo encima de la puerta de entrada.

A cada lado de la puerta principal el logotipo de Paulaner y el nombre del local.

Una vez dentro, nos despojamos de los sombreros y los abrigos y

pedimos una cerveza en la barra.

Bárbara se dirige al camarero y le pregunta si hay algún cajero por aquí cerca. El camarero asiente y le contesta que está a solo dos manzanas de aquí y que es de color burdeos. Bárbara asiente poniendo un billete de 20€ sobre el granito del mostrador.

El camarero se cobra y trae la vuelta y el ticket, asignado a un número de mesa.

—Primera planta —indica.

Agarramos los abrigos y las cervezas, aún sin probar y subimos a la segunda planta. Localizamos la mesa gracias a una chapita de acero inoxidable con el número grabado. En ella, un tipo calvo, rudo, de unos 47 años, parece un alemán cualquiera. Lleva un jersey burdeos y unos vaqueros negros. Botas altas y un plumas verde cacería junto a él. Se trata de una mesa en rincón con bancos alrededor en la que tiene total visibilidad de la planta. Nos acercamos y nos sentamos.

—Las lechuzas vuelan bajo en esta época del año —comienza en su perfecto alemán.

—Siempre hay roedores para alimentarlas —responde a la par que deja sobre la mesa un pen.

Cojo el pen y lo cubro con la mano.

El tipo continúa degustando su cena mientras Bárbara saca su tablet y simula hacer fotos. La deja sobre la mesa para que yo pueda conectar el pen. Accedo a un programa de rastreo y comprobación de archivos y verifico que no estén indexados. Los planos que nos ha proporcionado son correctos y sin virus. Realizo una copia de seguridad, desconecto el pen y lo guardo en el bolsillo pequeño de mis vaqueros.

Saco un sobre con 3.000€ y se lo entrego por debajo de la mesa.

Mientras lo cuenta damos un buche a la cerveza y nos disponemos a abandonar el local. El tipo sigue comiendo sin más.

Abandonamos el local y nos dirigimos en busca de un taxi. Por el camino Bárbara me pide el pen. Lo tira al suelo y lo pisa con fuerza. Queda hecho añicos. Lo recoge y tira en la siguiente papelera que nos encontramos por el camino.

—La noche es joven —sugiero mientras caminamos acompañados por la Kaufingerstrabe.

—Así es —responde ella.

—Ya tenemos los planos, podemos irnos a tomar algo antes de dormir —sugiero con cautela.

Bárbara se detiene un momento. El sombrero le cubre medio rostro, no puedo ver sus ojos. Ladea la cara para que pueda verla y se acerca sugerente a mí.

—Sólo tenemos 48 hasta que regresemos a Madrid, ¿no crees que deberíamos de aprovechar el tiempo de otra manera que no sea tomando cervezas? —pregunta maliciosa.

—No me cabe la menor duda —respondo. El corazón me va a mil. La adrenalina del encuentro me rebosa y lo que Bárbara me sugiere, promete.

Alcanzamos un taxi en la Karlsplatz y nos dirigimos al hotel. No puedo reprimir mi mano dirigiéndose a su muslo. Su perfume impregna el taxi y me transporta siete años atrás. El trayecto se me ha hecho eterno. Estoy muy excitado con solo pensar lo que puede ocurrir. Llegamos al hotel y Bárbara paga el taxi con efectivo.

No mediamos palabra. Subimos por el ascensor, camuflándonos de nuevo con los sombreros.

Bárbara entra primero, comprueba el inhibidor de micros y se dirige a la ventana. Comprueba la cortina.

—Ahí fuera está nevando —observa—. Voy a la ducha —indica.

No puedo evitar agarrarla por la cintura y besarla. Ella me corresponde. A veces es tan hermética. No puedo pensar en nada. Sólo quiero penetrarla.

La desvisto rápido le acaricio la vulva. No puede ser que ya esté tan húmeda... Siempre hemos tenido esa atracción animal inconsciente que nos mantiene con una tensión sexual continua.

Se acerca a la ventana para contemplar los copos de nieve cayendo, mientras, aún desnuda, se abraza para entrar en calor. Se le han encogido los pezones a causa del frío que hace cerca de la ventana. Me acerco por detrás y respiro en su nuca, siento mi corazón acelerado y el calor de su cuerpo desnudo muy cerca. Me acerco aún más, levemente, y le rozo las nalgas con mi pene erecto. Le retiro el pelo y comienzo a besar su nuca, con leves mordidas, mientras le acaricio los pechos. Me encanta acariciar sus pezones tensos, me pone muchísimo. La inclino hacia delante y la penetro profundamente. Se apoya contra los cristales de la ventana. La noche solitaria y la oscuridad de la habitación nos encubre. El calor de sus manos deja las marcas del momento. Le propino una embestida con fuerza que la hace gritar, he llegado muy profundo... Me fascina... acaricio su clítoris a la vez que continuo con un ahora leve vaivén. Le sujeto las caderas mientras prosigo con el ir y devenir. Hago un movimiento de leve bajada y subida para llegar aún más adentro. Ahoga un grito de placer... Está muy excitada... Sigo moviéndome rápido, la erección va a más. Vuelvo a la carga con mi mano, acelero... Más y más... La excitación es máxima, siento cómo estalla de placer. —Segundo asalto— pienso a la vez que la coloco de espaldas a la ventana y la subo a horcajadas. Se mueve despacio, cierra los ojos y siente mi erección dentro. Acelera, arriba y abajo, arriba y abajo...

—Otra vez —grita de placer con su segundo orgasmo.

La conozco bien, puede estar así toda la noche. Aún con mi pene dentro la llevo hasta la mesa. Levanto sus piernas por encima de mis hombros. Está

totalmente entregada...

—Dame más —susurra a la par que le meto un dedo en la boca.

Aumento el balanceo, esta postura es muy expuesta, sé que va a estallar de nuevo. Cierra los ojos como señal previa del tercer orgasmo de la noche. Abre los ojos, me mira y susurra:

—Me viene... —estalla de placer y yo con ella.

Tiene la boca abierta y la respiración acelerada. Se semi-incorpora aún conmigo dentro para sellar mis labios con un largo y húmedo beso.

Capítulo 7. Good behavior.

13 de marzo de 2012.

Torrejón de Ardoz, Madrid.

Taylor.

14:00 p.m.

—No me cabe la menor duda —comenzó el General López de Moratín— de haber seleccionado al mejor equipo para esta misión.

Detesto cuando empieza su discurso motivador de esta manera.

—De vuestra astucia —continúa— depende el éxito de la misma. Que no os tiemble el pulso. ¡Por España!

—¡Por España! —respondemos al unísono.

Rompemos la formación y nos dispersamos por la sala. Tenemos mucho equipo que preparar, entrar en Cuba, no va a ser un paseo de niños. Lo registrarán todo. No se fían de nadie.

16:30 p.m.

El Hércules está listo y el grupo en concentración máxima. Sabemos qué vamos a hacer, las posibilidades de fracasar son del 80%, aun así, llegaremos a nuestro objetivo y perpetraremos la misión.

El despegue es rudo, la bodega del Hércules no es el lugar más cómodo para mis compañeros que pasarán ocho horas de vuelo con los continuos traqueteos de las turbulencias típicas del Atlántico.

Bárbara está muy seria. Le ocurre algo y sé qué es. No quiero tomar una decisión. Esa decisión. Cuando nos conocimos nunca imaginé que llegaría a tener la compenetración que tengo con ella. No me exige, no me controla, simplemente está. Sin reclamar nada a cambio. Puedo conversar con ella como un igual y el sexo... ¡Dios! Hasta que no la conocí no probé las mieles del summum placer.

00:10 a.m.

La Habana, Cuba.

—Atención —anuncio a la tripulación—. Tomaremos tierra en veinte minutos. Abróchense los cinturones. Iniciamos la aproximación —concluyo.

Estamos en espacio aéreo cubano, la tensión es máxima. El plan de huida es volátil. Acciono el hidráulico que baja el tren de aterrizaje. Estamos a 8000 pies de altura. Pronto tomaremos tierra. Las ráfagas de viento cruzadas dificultan la toma de tierra y el Hércules se bambolea como un avión de juguete pese a las 40 toneladas de peso en carga.

—Bienvenidos a Cuba —anunció a la tripulación con un cómico acento cubano.

Las autoridades portuarias se acercan para hacer su trabajo. Bárbara está tranquila. La parte más complicada es cosa suya.

Sonríe nostálgica al verme.

El grupo comienza con la operación de descarga. Se supone que vamos en misión humanitaria a llevar víveres y enseres para los niños.

Mañana nos recibirá Fidel Castro en la recepción que ha organizado la Embajada Española. Allí tendremos ocasión de completar nuestro cometido. Serán tres días.

Estoy agotado, necesito descansar. Nuestro alojamiento será el Hotel

Habana Club. La humedad de Cuba es agotadora, junto con el calor y los mosquitos son una combinación mortífera.

02:54 a.m.

Por fin ha concluido la descarga del Hércules y nos vamos a dormir. No tengo ganas de hablar, pero sé que debo hacerlo. Sé que espera que le diga algo.

—Bárbara —reclamo su atención agitando la mano mientras se dirige a la Guagua que nos conducirá al hotel. Levanta su brazo y me espera.

—¿Cansado? —pregunta diligente.

—Aún más —exclamo exhausto— ¿Podemos hablar?

Frunce el ceño en señal de preocupación y tuerce los labios gesticulando sorpresa.

—Todo está bien Taylor —descansemos—, centrémonos en la misión —concluye.

07:20 a.m.

¡Maldito jet lag! No he pegado ojo. Bárbara duerme en la habitación de al lado pero no he querido molestarla. No me vendría nada mal una sesión de sexo rápido para descansar.

Bárbara.

«Toc, toc» Llaman a la puerta. Miro el reloj. Son las siete y veinte de la mañana. ¡Quién demonios será! ¡Es que no han visto en cartel de «No molestar» colgado en la puerta! —Me acerco y miro por la mirilla. Es Taylor.

—Taylor... ¿Qué haces que no estás durmiendo? —pregunto sorprendida
— ¿Jet lag?

Asiente sin mediar palabra. Se acerca y me sujeta las nalgas con fuerza. Sabe que no me puedo resistir. No quiero resistirme. Me fascina estar con él. Los seis años que nos llevamos le hacen ser mucho más atractivo. Sus brazos fuertes son todo un afrodisíaco. Sólo lleva unos calzoncillos puestos y noto cómo ya está muy excitado. Meto las manos por dentro y los deslizo hacia abajo acariciando sus nalgas. Su miembro erecto me invita a devorarlo. Me agacho y lo engullo. Allí mismo. Junto a la puerta. Apoya su espalda contra la pared y se deja hacer. Está muy excitado. Acaricia mi pelo mientras lo saboreo. Me levanta con cuidado y me conduce hasta la cama. Se sienta y me invita a sentarme sobre él. Sus fornidos brazos me sujetan con fuerza al tiempo que me bamboleo acompañada a su ritmo. Hace mucho calor. El sudor resbala por mi pecho y gotea sobre él. Me lame los pezones erectos por la excitación. Sus manos se clavan en mi espalda mientras me levanta para lamer mi cuerpo sudoroso. Ya no estoy cansada. Su perfecto cuerpo labrado por el ejercicio es una máquina de sexo. Le deseo con intensidad. Ha sido un viaje largo y tenso.

Me alza y se levanta. Me tumba sobre la cama. Me besa suavemente los labios y comienza a bajar. Succiona mis pezones, los relame y muerde levemente, luego sopla. Se me eriza toda la piel. Vuelve a hacerlo. Estoy totalmente entregada. Saca la lengua y me lame desde el canalillo hasta el monte de Venus. Sus labios envuelven a los míos y me retuerzo de placer. Sus manos acarician mi vientre a la par que masajeo su cabello.

Sabe hacerme disfrutar. Continúa sorbiéndome y agitándose cada vez con más intensidad, hasta que estallo de placer.

Con las dos manos me gira y me coloca boca arriba con la cabeza colgando en el extremo de la cama. Se tumba en dirección inversa y me penetra la boca. Su erección es inmensa. Se mueve con cuidado, me excita mucho que haga esto, está a punto de estallar, lo noto en su erección, acaricia mis piernas al tiempo que susurra —Me viene.

15:22 p.m.

Despierto sumida en una dulce sensación de saciedad. Taylor se ha ido. La recepción será a las 18:00. Vuelvo a conectar con la misión. Me doy una ducha fría pausada, saboreando aún su miel en mis labios. Esta tarde iremos de gala.

16:55 p.m.

Este vestido rojo me sienta genial, un buen ardid para acercarse a Castro. En mi cuello un lujoso collar de oro blanco y circonitas a juego con sendos pendientes, pulsera y anillo. Sandalias de tacón de vértigo y bolso a juego. Será una cena de gala y venimos en misión humanitaria, se supone.

18:00 p.m.

Taylor me ofrece su brazo para entrar en la embajada.

—Hacemos buena pareja —insinúa sin dejar de mirar al frente.

Asiento con la cabeza, sin mediar palabra. Está espectacular con el uniforme de gala. Lleva tantos galones que apenas se ve tela en la zona del pecho. La seguridad es meticulosa. Un escáner para los objetos y otro para las personas. No hay perros.

Accedemos a un recibidor inmenso en el que cuelga una reluciente lámpara de araña. Las lentejuelas de mi vestido brillan aún más con la

iluminación. Los camareros, estratégicamente situados dirigen a los invitados hacia el salón principal. Castro aún no ha llegado.

Uno de los camareros se acerca y me ofrece una copa de champán. Taylor coge otra y se la bebe de un trago.

—Estoy sediento —se excusa—. ¡Esta maldita isla con su maldito clima húmedo es insoportable!

—Ni que fuera la primera vez... —bromeo aludiendo a su poco margen de tolerancia con el calor.

Se sucede el desfile de los invitados engalanados con sus mejores atuendos. Uno a uno recorren el mismo trayecto hasta llegar al salón principal. Tengo controladas las salidas y la entrada, que sólo hay una. Una oleada de guardaespaldas se aproxima a la entrada principal.

—Es Castro —susurro con un imperceptible movimiento de labios.

Taylor toma su posición. El resto del equipo está camuflado entre el catering. La parte más complicada me ha tocado a mí.

Me sitúo estratégicamente en el único recorrido posible que efectuará el Comandante. Está todo listo. Mi corazón va a mil. Preparo el arma.

Castro entra e inmediatamente se aparta de la zona de peligro de franco tiradores. Está en el zaguán. Saluda a quienes nos hemos colocado en fila para su llegada. Se para frente a mí.

—Un placer, mi Comandante —sonrio a la par que sujeta mi mano izquierda y la besa. Justo en ese momento, libero el virus que transporta mi anillo, en el preciso instante en que me besa la mano. Tardará 48 horas en

hacer efecto. Es un virus mortal sino se trata a tiempo o si no se tiene el antídoto, cosa que en Cuba sería algo complicado.

Se detiene un segundo a conversar. Es muy alto y se siente poderoso y atractivo. Intenta seducirme en vano.

Prosigue saludando al resto de los invitados. Debo deshacerme del anillo. May se acerca con una bandeja llena de copas de champán vacías. Lleva unos guantes puestos. Con un rápido movimiento me quita el anillo y lo envuelve en un plástico que se guarda en el bolsillo.

21:00 p.m.

Ha sido una cena deliciosa. La primera parte de la misión completada con éxito. Ahora toca salir de Cuba sin levantar sospechas.

23:00 p.m.

La noche promete, champán a raudales, música, deliciosos canapés... Taylor me da la mano y me lleva hasta la pista de baile.

—¿Me concede este tango? —ofrece extendiendo su mano e inclinándose hacia delante.

—Será un placer —respondo juguetona.

Es un gran bailarín. Dirige mis movimientos con precisión militar. Le apasiona el baile y eso me maravilla. Sus fuertes manos abrazan mi cuerpo a cada paso. Es una de las cosas que más me gusta de él. Consigue extasiarme con solo el roce de sus manos. la música nos envuelve y no nos percatamos de que nos hemos convertido en el centro de atención. Todos nos miran asombrados. Al finalizar una explosión de aplausos no acoge.

Es un buen momento para retirarnos. Estamos muy excitados. Buscamos un lugar en la embajada donde satisfacer nuestra lujuria. Los despachos están cerrados. Subimos a la primera planta. Vamos probando puerta por puerta como dos adolescentes que buscan un lugar para su primera vez. ¡Al fin! Se abre una puerta. Es la habitación del embajador. La decoración es colonial y recargada. Una gran cama con bisel llena la estancia. Entramos de la mano riendo sabiendo que lo que vamos a hacer. Taylor cierra la puerta tras de mí y me acorrala contra ella con las dos manos.

—Estás espectacular esta noche —regala mis oídos al tiempo que mete la mano por la abertura del vestido.

—Tú también —le correspondo quitándole la gorra y lanzándola hacia la cama.

—No tenemos mucho tiempo. La hora prevista de despegue son las 02:10.

—Entonces...¿qué hacemos hablando? —protesto.

Su mano derecha se sumerge entre mis piernas. Su erección va a atravesar los pantalones. Desabrocho su cinturón. Dejo que salga su pene erecto y lo acaricio haciendo un movimiento en espiral. Taylor me baja los tirantes del vestido y deja mis pechos al aire. Con ambas manos los sujeta con intensidad. Se muerde el labio inferior y los besa. Prosigue su camino ficticio de besos hacia mi vulva.

—¡No llevas nada! —se sorprende.

Suelto una carcajada ahogada en un grito de placer motivado por sus caricias. Me engulle, me devora hasta hacerme extasiar. Aún con mi cuerpo agitado tras el orgasmo, me sujeta los brazos sobre la cabeza con la mano derecha y me penetra de pie contra la puerta. Sopla una leve brisa marina desde la ventana abierta. Su equilibrada musculatura le permite realizar

posturas imposibles. Es toda una delicia saborear sus labios mientras siento su pene erecto dentro de mí. Se acerca a mi oído izquierdo y me muerde el lóbulo.

—Sabes —gime—, me voy a correr —sofoca un grito de placer sobre mi cuello emitiendo un sonido bronco.

02:00 a.m.

El Hércules está listo y la tripulación a bordo. Todo está listo para el despegue nuestra próxima parada será en Puerto Rico. Llevaremos el resto del cargamento con ayuda humanitaria y regresaremos a España.

15 de marzo de 2012

Torrejón de Ardoz. Madrid.

21:30 p.m.

Taylor.

Han sido unos días muy intensos, de desconexión total de la familia, aunque hace ya tiempo que pese estar en contacto permanente no siento esa conexión espiritual con Lucía. Tano me llena de alegría y felicidad, verlo crecer es tan ilusionante... Pero Lucía... Estoy hecho un lío. La quiero, pero no me apasiona. No siento cosquillas en el estómago cuando se acurruca junto a mí en las largas noches de vuelta a casa. Aunque he perdido la pasión, no me estoy portando bien con ella. Llevo años engañándola con Bárbara y creo que ha llegado el momento de afrontar mi realidad. No seré un cobarde.

—¿Has visto las noticias? —irrumpe Mercury.

—No —respondo rotundo aún absorto en mis pensamientos.

Sintonizo la radio en la cabina del avión...

—«... Al parecer, el Comandante Castro ha sufrido un choque anafiláctico que lo debate entre la vida y la muerte. Su estado es grave. Mientras, los Estados Unidos han anunciado que están dispuestos a retirar el bloqueo y propiciar el libre mercado aprovechando la coyuntura de inestabilidad política en estos instantes...».

—... y... Ahí está el maldito dinero... Somos unos mercenarios de la economía, mientras, nuestras vidas se deshacen frente a nosotros sin que podamos evitarlo... —concluyo reflexivo.

—Joder Taylor, estas muy, pero que muy jodido —replica Mercury —te vendría bien descansar.

—Sí —respondo —me vendría bien—replico con ironía.

17 de marzo de 2012.

Madrid.

Bárbara.

Hospital Gómez Ulla.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta diligente la Dra. Barrentos.

—Pues tengo náuseas y un terrible dolor de cabeza. Puede que haya estado expuesta a algún virus infeccioso —anuncio preocupada.

—Veamos los análisis —sonríe tranquila.

Abre mi expediente en el ordenador y consulta el resultado de la analítica que me han hecho hace una hora y media.

—Usted no tiene nada contagioso, ni nada que no se cure después de nueve meses. ¡Enhorabuena! Está embarazada.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre mí.

¿Qué puedo hacer?

Salí de la consulta como alma que lleva el diablo. Quería salir de allí, no podía respirar, estaba sufriendo un ataque de ansiedad.

—¡Desapareceré! Sí, es lo mejor. No quiero compasión ni conflictos. No quiero saber si yo seré la elegida.

Capítulo 8. Termita.

27 de enero de 2018.

Múnich.

Bárbara.

Abro los ojos y ahí está su silueta dibujada por la claridad que entra por la ventana. Son las 7:23 de la mañana. No puedo seguir durmiendo.

Me levanto y conecto la tablet. Abro el visor de planos. Están perfectamente detallados. Cada sección del gaseoducto se encuentra perfectamente descrita. Debemos simular un fallo en la producción de la pieza y retrasar así la construcción y puesta en marcha del tramo E36 para que los rusos tengan tiempo de proponer una alianza que beneficiará económicamente a ambas partes: Alemania y Rusia. Si una cosa aprendieron los alemanes tras la segunda guerra mundial, es que la energía es poder. Controlar los suministros de un país supone la sumisión del mismo al proveedor y eso, de nuevo, es poder. Para Alemania obtener un precio rentable para su energía supone un ahorro en costes y mayor competitividad frente a los competidores asiáticos, subida del IPC y crecimiento de su economía. Otra vez: poder.

Taylor bosteza escandalosamente a la par que estira su largo cuerpo por toda la cama. El edredón revela una tremenda erección matutina. Será una pena desaprovecharla.

Los chicos han dormido a la intemperie bajo la nieve. Ni la primera, ni la

última vez que lo harán. La baja temperatura dificultará el trabajo pero eso no nos va a parar. Somos un equipo de élite, aunque lleve varios años fuera, misiones así son mi especialidad. Nunca he dejado el entrenamiento y estoy en forma.

«Bip, bip» suena un mensaje de mi móvil prepago. ¿Cómo es posible? Abro el mensaje: «Moviltelecom le informa que está en zona de cobertura fuera de su país. Se le cobrarán costes adicionales en caso de conexión 4G». ¡Estúpidas compañías! Acaban de triangular mi posición. No debemos permanecer con el móvil conectado más de 24 horas. Desconecto el GPS, los datos y me aseguro que ninguna red wifi se conecte automáticamente. Hago lo mismo con el teléfono de Taylor.

Me voy a la ducha. El agua resbala por mi cuerpo desnudo. Hace mucho frío y he puesto el agua a mucha temperatura. El baño está completamente lleno de vapor. El espejo se ha empañado. Se podría asimilar a una típica noche londinense. Me doy un intenso masaje en la cabeza a la vez que me lavo el pelo. Imagino que son sus manos y no las mías. Pongo el tapón en la bañera. Creo que me voy a dar un baño. Me siento en la bañera mientras se va llenando de agua. Cojo un poco de gel y lo vierto en el agua. Huele bien. Me recuesto sobre la bañera y cierro los ojos.

Taylor me saca de mi relax con un beso. Su erección matutina aún está ahí. Se sienta frente a mí en la bañera... Con los pies juguetea a acariciarme los mios... Nos acercamos y cruzamos las piernas. Yo paso las mías por encima de las suyas. La bañera aún no está llena. Le miro fijamente, sin mediar palabra. Solo quiero sentirle, solo quiero escudriñar en sus entrañas, solo quiero sentir el deseo con el que me mira. Baja la mirada hacia mi pechos desnudos y excitados y se muerde el labio... Se los quiere comer pero no le dejo... Noto su pene erecto entre mis piernas... Me agarra con intensidad los pechos y me muerde el pezón izquierdo... No se puede resistir... Me acerca hacia sí aún más y me coloca en posición... Me penetra profundamente... Estoy muy excitada... Comienzo un suave balanceo de

atrás hacia adelante apoyándome un poco sobre las piernas para estar más levantada... Acerco mis pechos hasta su boca... Los devora uno a uno... Primero el derecho y luego el izquierdo entretanto continuo meciéndome sobre él. Sus manos me sujetan fuerte por la espalda, baja lentamente hasta las caderas y me ayuda con el movimiento... Acuso aún más el vaivén y giro levemente a la vez que contraigo mi vagina... Abre mucho a boca en señal de excitación suprema... Cambio el movimiento y comienzo a girar sobre su pene ahora extra tenso contrayendo, subiendo, bajando, girando... Y así otra vez... Le gusta... Le encanta... Me acerca con pasión y me besa profundo, fuerte, húmedo, magno... Me excita muchísimo verle así de exaltado... He conseguido sorprenderle... Contraigo, subo, bajo, giro... Contraigo, subo, bajo, giro... Contraigo, subo, bajo, giro... Curvo la espalda para llegar aún más adentro y estallo de placer a la par suya... Ni una sola palabra... Solo un sonido gutural, apenas incomprensible, delata el intenso placer...

08:25 a.m.

He pedido que nos suban el desayuno a la habitación. Huevos, fruta, pan y un buen café cargado. Aún tenemos mucho que hacer, será mejor coger fuerza.

«Bip, Bip» Es un mensaje. May acaba de contactar. La construcción del gaseoducto no para en ningún momento y ellos ya están infiltrados como parte del equipo de 200 trabajadores que trabajan por turnos. Sus nombres fueron introducidos convenientemente en las listas de personal por Deacon, nuestro experto informático. Yo seré la ingeniera de Calidad, encargada de supervisar la calidad de los materiales y de ejecución según planos y Taylor el responsable de seguridad.

Ahora nos tenemos que camuflar. Todas las cámaras de seguridad de trayecto serán consultadas según la matrícula del coche, aunque eso, también

está previsto. Taylor lleva barba, lo cual afina su facción angular. Se coloca sobre su frondoso pelo un gorro que simula una horrorosa calva de hombre de mediana edad, con algo de pelo rizado a los laterales. En sus ojos, lentillas de color marrón. Es otro sin duda. Las cámaras del hotel registrarán nuestra salida, por lo que utilizaremos gorros y bufandas que nos cubran nuestros nuevos rostros.

Para esta ocasión utilizaré una peluca roja, corte tipo bob y flequillo. Al igual que Taylor, llevaré lentillas marrones. Me coloco un postizo en la nariz que la desfigura convirtiendo mi estilosa nariz en aguileña.

Ambos vamos de negro. En Alemania todo el mundo viste de negro, son tan formales.

08:45 a.m.

Salimos del hotel en dirección a las obras. Hemos pedido en recepción un coche de alquiler con el que nos moveremos por la ciudad. Salimos del aparcamiento. Me dirijo a una zona próxima al aeropuerto poco transitada. Saco un par de pegatinas de mi mochila con un número de matrícula diferente y le doy una a Taylor. Trabajamos rápidos y acompasados. Reanudo la marcha hacia el punto de encuentro.

09:51 a.m.

—Guten Morguen —saluda el oficial que se encuentra en el control de seguridad.

—Guten Morguen —respondo.

Entregamos nuestra documentación para que pueda comprobar nuestros nombres en las listas. Se va un momento a la garita. Regresa. Nos devuelve la documentación y nos da vía libre. Avanzamos con el coche hasta la zona de aparcamientos.

El personal está distribuido por toda la obra, que en estos momentos ocupa un tramo de 8 kilómetros, los desplazamientos se realizan en moto nieve. Hay una caseta de obra donde las asignan a cada conductor. Hay una chica joven, de unos 28 años, pelo castaño, menuda, ojos verdes, uniforme de color gris antracita y camisa blanca. Camina cojeando. Tiene una minusvalía. Me asigna la moto nieve número 41.

—Le cedo el honor —bromeo al salir de la caseta blandiendo las llaves con discreción.

—Un placer —responde Taylor.

A Taylor le gusta la velocidad, no se controla y acelera al máximo. Le pego un pellizco en la cintura para que no llame tanto la atención. Nuestro objetivo se encuentra en el kilómetro 3.1. El acopio de las tuberías se ha realizado por tramos de trabajo. A nuestra llegada, nos espera May. Lleva puesta la ropa oficial de la empresa subcontratista, igual que la chica de la garita. Sus almendrados ojos verdes despiden fuego de emoción. El material está preparado. Mercury y Deacon llevan puesto el equipo de protección para iniciar los trabajos de soldadura con oxiacetileno.

Para simular que la producción de la tubería ha sido un desastre realizaremos orificios en el espesor de la tubería donde ocultaremos la termita. Dentro de unos días, cuando el equipo de montaje esté soldando la tubería e imprima el calor necesario como para producir el inicio de

combustión de la termita, se producirá una reacción exotérmica que quedará camuflada con la propia soldadura, pero que habrá producido grandes daños en la tubería e impedirán que la puesta en carga sea positiva. Detectar el fallo les llevará meses. La burocracia alemana revisará toda la documentación de calidad, los formularios, las firmas... Pero los responsables, habremos desaparecido. Cuantos más tramos seamos capaces de boicotear, más se retrasará la puesta en marcha del gaseoducto y mejor disponibilidad alemana a la negociación con los rusos. Nuestro objetivo son 20 tramos. La planificación está calculada para acabar a las 18:00 si no ocurre ningún desastre...

Taylor y yo, como responsables de calidad seremos quienes demos el visto bueno a los tubos, nuestros yos ficticios claro. Por eso estamos allí, controlando los nuevos tramos que se colocarán en breve.

—Veamos los acopios —indico— Seleccionaré los tramos que sean accesibles para nuestro cometido sin que sea necesario usar maquinaria pesada, de la cual no disponemos como es obvio.

Con un trozo de tiza blanco voy marcando las tuberías. Mientras, Taylor anota los números correspondientes al tramo y a la empresa productora. Vamos a ocasionar un desastre económico en una compañía que beneficiará a otra. Alguien saldrá beneficiado de todo esto. ¡Maldito dinero!

—Adelante —doy el pistoletazo de salida—cada cual a sus puestos.

Taylor ocupa la posición de vigilancia. Arranca la moto nieve y se va a un punto desde el cual domina todo el valle. Las vistas son impresionantes. Todo está blanco tras la nevada de anoche. Recuerdo brevemente nuestro encuentro en la ventana. Sacudo la cabeza para disipar ese pensamiento. Los frondosos bosques alemanes encubren nuestra fechoría.

Los chicos están trabajando en cadena. Mercury y Deacon abren los agujeros, May los rellena con la termita justa para que produzca el daño necesario y yo voy tapando los agujeros con una resina epoxi que simulará la textura del metal, que seca en cuestión de minutos. Luego, una capa de pintura que igualará toda la superficie. Por último, borro la marca de tiza con agua, es lo bueno del yeso, basta un poco de humedad para que desaparezca.

17:43 p.m.

Ni siquiera hemos parado a comer. Todas las tuberías seleccionadas han sido boicoteadas. Nuestra misión aún no ha concluido. Ahora, debemos desaparecer. Nos dirigimos a la garita y entregamos la moto nieve. Los chicos han enterrado las bombonas de oxiacetileno y el resto del material y han provocado que la termita haga la maravilla de desintegrar las cosas con una reacción que produce 2000°C y hace que todo, simplemente, desaparezca. Ya han pasado por el control para no despertar sospechas. Un equipo de extracción los recogerá de unas supuestas maniobras 2 kilómetros al norte y los llevará hasta el punto de extracción a 5 kilómetros al este en la base aérea de Erding.

Mantenemos nuestros disfraces durante todo el trayecto. Paro antes de llegar al hotel y retiro las pegatinas con disimulo.

Entramos en recepción y subimos rápido por el ascensor, muy abrigados para no despertar sospechas con nuestro aspecto.

Una vez en la habitación nos despojamos de nuestros disfraces. Taylor baja a entregar las llaves del coche en recepción.

Cojo el móvil y envío un mensaje.

19:07_Bábara

Hecho.

19:07_Sergei.

Puedes recoger el paquete cuando quieras.

Capítulo 9. La elección.

14 de febrero de 2006.

Madrid.

Elena.

«Ring, ring, ring»

—¡Ya voy, ya voy! —grito desde mi dormitorio como si la persona que llama fuese capaz de oírme.

—¿Sí, dígame? —respondo con el corazón en la boca por la carrera que he pegado para alcanzar el teléfono a tiempo.

—Hola, ¿Elena? —es Nando.

— Sí, ya estoy. Bajo en un segundo —El Teniente se ha ofrecido a recogerme e ir juntos a la prueba.

Salgo pegando un portazo y vuelo por las escaleras desde el tercer piso. Nando es seis años mayor que yo, pero reconozco que tiene cierto atractivo, aunque, no es para mí. Está casado y tiene un hijo. Además, tras la muerte de Alfonso mi corazón está vacío. En aquel justo instante en que estaba

agachada junto a su cuerpo acribillado por la explosión comprendí lo efímera que es la vida. Mi corazón, derrotado, reaccionó vaciándose, creando un agujero negro. No sé cuándo conseguiré superarlo, pero ahora no me apetece más que luchar por él. ¿Venganza? No lo sé. Sólo sé que si puedo hacer algo para evitar que cosas así sigan sucediendo, lo haré.

—¡Hola! —exclamo al entrar en su Peugeot 407 SW. Miro hacia atrás y veo al pequeño Cayetano en su sillita.

—Pasaremos por la guardería de camino —indica con tranquilidad.

—¡Perfecto! ¡Hola Cayetano! —saludo efusiva al pequeño.

—¿Cuántos años tienes?

—Tiene 27 meses —responde Nando. El crío dice su edad con los deditos y empieza a cantar cumpleaños feliz.

—¡Qué gracioso! —siento nostalgia. Alfonso y yo habíamos hablado de tener hijos. Ahora lo veo como algo muy lejano.

—¿Y tú? ¿Tienes hijos? —pregunta curioso.

—No —respondo —Alfonso y yo hablábamos de ello de vez en cuando... Incluso habíamos elegido los nombres. Niño, Alfonso, como toda la generación paterna y niña Vanessa, como mi abuela materna.

—Yo siempre he querido tener más hijos —para un segundo y suspira—, pero Lucía no quiere tener más. Me quedaré con las ganas de tener una niña. La hubiese llamado Isabella. Así, tal como suena, con doble ele —encogió los labios con tristeza.

Llegamos a la guardería. Nando se baja veloz, lo deja en brazos de la monitora con un beso en la frente. El niño se despide con la manita mientras

rompe a llorar.

—Es muy pequeño, es normal que llore. Quiere con sus papis —afirmo mientras Nando se coloca el cinturón de seguridad.

—Lucía no puede estar todo el día con él. No se encuentra bien y necesita descansar. ¿Cómo lo llevas? —cambia de tema.

—Pues la verdad, es que no lo sé. Supongo que bien. Tampoco sé exactamente a qué me voy a enfrentar. ¿Y tú?

—Bien, supongo. Hoy hemos tenido noche movidita. Tano se ha despertado tres veces y me ha tocado a mí cambiarle —suspira como si estuviese atrapado en una rutina que no le gusta.

Nos dirigimos a la Complutense. Son las 7:30 y el atasco es monumental. La prueba empezará a las 9:00.

—Nunca te he dado las gracias —suspira Nando—. Aquel día, durante el funeral, cuando me desmayé. Vi como reaccionabas rápido y llamabas a la ambulancia.

—En absoluto. Soy yo la que está eternamente agradecida —tomo aire—. Si no llega a ser por ti, no sé qué habría sido de mí en aquel momento. Fue tu llegada la que me hizo reaccionar y salir del bloqueo —hice una pausa.

—Podría decirse que estamos en paz. Nuestros karmas están equilibrados —afirmé rotunda.

La Complutense está a rebosar. Aparcar ha sido toda una odisea.

Llevamos una carpeta con folios en blanco, varios bolígrafos de color rojo, negro, azul y verde, lápiz y goma de borrar. Para las pruebas, el Ministerio del Interior ha reservado cuatro aulas para los cuatro mil participantes que vamos a realizar el examen.

Hay un cartel con instrucciones precisas. Me ha tocado en el Aula 120 y a Nando en la 121.

—¡Suerte! —clama.

—¡Suerte! —replico con una sonrisa.

Son puntuales y a las 9:00 ya tenemos el test en nuestras manos. — ¡Cincuenta páginas! —pienso a la par que comienzo a leer. Sólo tenemos una hora. Es una prueba de descarte y en cuanto salgamos podremos comprobar si hemos superado la prueba gracias a las plantillas que tenemos que marcar. Estoy nerviosa, es un test muy extraño.

Acabo en 45 minutos. Compruebo en la plantilla que he marcado todas las respuestas, no quiero dejar ninguna en blanco. Me levanto y entrego la prueba. La recoge una mujer de unos 40 años que le pone una pegatina y me entrega una copia que pego en mi resguardo. La pasa por la máquina y pausada clasifica en un montón.

Salgo fuera a comprobar los resultados. Introduzco la copia. La máquina marca 152. No sé qué significa. Miro la tabla de clasificación.

>120... Prueba superada.

—¡Sí! —No puedo evitar dar un salto de alegría.

Nando se acerca con una sonrisa de oreja a oreja. Con un giro de cabeza y un movimiento de labios me pregunta.

—Yes —respondo—. ¿Y tú?

—Oui —aclama.

—Estamos dentro. Hemos dado un paso que cambiará nuestras vidas. Acabamos de ingresar en el Centro Nacional de Inteligencia —sentenció Nando.

28 de junio de 2006.

Centro Nacional de Inteligencia.

Madrid.

13:12 p.m.

—Como ya hemos visto anteriormente, el nombre es lo que define nuestra identidad —sentenció Martínez—. Por ello, la elección de vuestros pseudónimos no debe ser aleatoria. Debe camuflarse con vuestro ser. Mimetizarse con vuestras almas —dictaminó tajante Martínez —Ahora, cada equipo decidirá cuál será el pseudónimo que utilizará en sus misiones.

—Los cinco fantásticos —bromeé por lo bajini con Nando.

—Tu siempre serás la reina y nosotros tus lacayos — se mofó Suarez.

—¡Eso es! —grité efusiva—¡Seremos Queen!

—Pero Queen no tenía ningún componente mujer —protesto Pérez.

—¿Quién es la reina de la canción? —preguntó Nando esperando una respuesta que ya conocía.

—... Bárbara Streisand —afirmé tajante.

Decidí en aquel mismo instante que mi pseudónimo sería Bárbara.

Capítulo 10. Quid pro quo.

27 de enero de 2018.

Múnich.

Elena.

19:08 p.m.

Nando aún no ha vuelto de recepción. Ninguno de los chicos sabe el verdadero objetivo de la misión. Están acostumbrados a obedecer, sin cuestionar los motivos.

Una sensación de terror y de furia me embriaga. Aún no hemos terminado. Nuestro plan de extracción acaba de cambiar. No volveremos en un vuelo comercial, el paquete no puede volar.

Se abre la puerta. Es Nando.

—Aún no hemos terminado —anuncio—. Debemos recoger un paquete en la estación central en Bayerstrabe —afirmo rotunda a la vez que le ofrezco una Llama M82.

—¿Qué es lo que no me estás contando Elena? —pregunta rudo.

—No... No puedo decírtelo —sollozo. En ese momento toda la tensión acumulada hace que rompa a llorar. Tengo la necesidad de sacar todo esto. No puedo más. Mi corazón está roto de dolor. No sabía que podía soportar tanto dolor.

—Elena, sea lo que sea tienes que decírmelo, sino no podré ayudarte — dice mientras me abraza.

Me recompongo. Los años de entrenamiento no solo sirven para hacer de ti una máquina de matar o de perpetrar atrocidades, también para tomar el control. Me recupero y saco mi arma.

—¿De dónde las has sacado? —pregunta.

—Los chicos —respondo encogiendo los hombros.

—¿A qué hora será la entrega? —

—Dos horas tras el envío del mensaje. A las 21:08 —indico ya más calmada.

—Vamos entonces. Justo frente a la estación hay una cervecería, la Münchner Stubn. Cenaremos algo mientras esperamos —propone mientras rodea mis hombros con sus robustos brazos.

19:27 p.m.

Llevo el arma sujeta con un arnés a mi cuerpo, en el lado izquierdo. El restaurante está lleno. Pedimos una mesa; mientras, esperamos en barra tomando una enorme jarra de cerveza rubia de trigo tirada de barril. La espuma me distrae de la entrega.

Nando apoya su brazo derecho en la barra, su dedo índice cubre sus labios. Está pensativo.

—¿Por qué ahora, Elena? ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué te fuiste? —se

acaricia la barba mientras pregunta.

Cruzo mis manos cubriendo mi boca. Pienso la respuesta.

—Sabes —comienzo—. Si pudiéramos volver atrás, haría las cosas de otra manera. No desaparecería así.

—¿Dónde has estado? Te busqué. Aunque siempre supe que no te encontraría, porque tú no querías que te encontrara.

—Mi madre nació aquí en Alemania, en Oberammergau, un pequeño pueblo al sur de Múnich, así que, me cambié de nombre por el de mis abuelos maternos y me camuflé con la comunidad alemana. Era una Schmidt vuelta al hogar después de años, por lo que me acogieron con ternura.

—¿Te casaste? ¿Tienes hijos?

—No y sí —respondo.

—¿Niño, niña? ¿Cómo se llama? —pregunta inquieto.

Clavo mis ojos en los suyos y respondo:

—Isabella...

Su cara cambia de expresión de inmediato. Una mezcla de sorpresa, alegría, confusión, enfado, ilusión... Inunda su rostro.

—... No... —balbucea— ... No puede ser... ¿Cuántos años tiene?

—... Cinco...

—... ¡Ella es el paquete!... —exclama—... es... ¡Mi hija!

Asiento seria y preocupada. Le conozco. Conozco esa mirada. Matará a Sergei.

—Roldán facilitó mi desaparición. Me proporcionó una nueva identidad

acorde a mi pasado y me infiltró con los rusos. Ya sabes, una mujer embarazada, no es la típica espía que se infiltra. La comunidad rusa aquí en Múnich tiene mucho poder, controlan el gas. Mi misión era obtener la máxima información y pasarla mediante un complicado código de entrega. Nunca hacía las entregas en el mismo lugar, ni días ni horas. Pero Sergei es muy listo. Me seguía siempre, aquel día no le engañé. Descubrió la mini SD que había dejado en un banco de la estación central. A la mañana siguiente, me pidió que llevara a la niña que la llevaríamos al zoo... Puso la tarjeta sobre la mesa y supe que querría algo a cambio. Como señal se quedó con Isabella. Roldán organizó la misión con el antiguo equipo porque yo se lo pedí. Durante todo este tiempo no quise saber de ti. No quería distracciones. Tenía una hija, ya sabes cómo es trabajar con los rusos. Pensé que volver a verte no removería mis entrañas, que estaba superado. De acuerdo, eras el padre de mi hija, nada más. Mas... No ha sido así... Volver a tenerte entre mis piernas ha sido como si me quitasen 6 años de encima... como si todo este tiempo no hubiera pasado.

—... Elena... —suspiró—. No hay día que no me arrepienta de no haber tomado la decisión de dejarlo todo y compartir mis días contigo —sentenció—, y ahora, que conozco que tenemos una hija en común, aún más —Sujetó mi mano y la besó—. No permitiré que le pase nada.

—Pueden pasar a la sala —indicó el camarero en un perfecto alemán—. Ya tenemos una mesa disponible.

—Hamburguesa de ternera con ensalada.

—Lo mismo para mí —indicó Nando.

Comimos en silencio, el silencio que precede a la gran tempestad. Concentrados y preparados, el encuentro en un lugar público no garantizaba nuestra seguridad.

—No irá solo. No dudará en atravesarnos.

—Lo sé.

—No podemos poner en riesgo su vida —mis ojos despedían una furia intensa—. Ya le hemos dado lo que quería, quid pro quo...

Mi cabeza daba vueltas analizando todos escenarios posibles.

—Déjalo —como si leyera mi mente Nando me sujetó fuerte la mano—. De todas las posibles acciones que imagines, no ocurrirá como en ninguna de ellas. Actuemos rápido y pongamos a la niña a salvo.

20:45 p.m.

Abandonamos el restaurante y nos dirigimos a la estación central. No hay mucha gente por la calle. La estación tiene bastante actividad. El suelo gris de micro terrazo desgastado por los años y las lámparas de mercurio dan un ambiente lúgubre al lugar. Avanzamos hacia el andén 21. Una gran pantalla anuncia la llegada de cada tren.

—Andén 21, a las 21:04 —leo en voz alta.

El tren aún no ha llegado. Intento controlar la respiración mientras caminamos hacia las vías. Los trenes en Alemania siguen teniendo ese aire setentero característico. No en vano son pioneros en ingeniería. —Calidad alemana —pienso.

21:03 p.m.

Estamos parados en el andén 21. El tren está a punto de entrar en la estación. Nando se ha situado junto a una columna. No hablamos. Estamos alerta. Diviso las luces del tren acercándose y el pequeño traqueteo que

producen las ruedas en contacto con los raíles transmiten una pequeña vibración que hace que se me encoja el estómago. No es mi primer intercambio, pero sí el primero de mi hija. No sé si esta vida es lo que más le conviene. Tendré que replantearme todo esto en cuanto la tenga en mis brazos.

El tren se detiene frente a mí y abre las puertas. Comienza a bajarse gente.

—No la veo —pienso—. No la veo.

Ya casi han bajado todos los pasajeros cuando por la puerta del último vagón aparece Isabella con su larga melena rubia agitándose por sus saltitos de emoción. Caterina, la secretaria de Sergei la lleva de la mano. Con su traje de chaqueta beige, a juego con una ajustada falda y altos tacones rojos camina segura por la estación.

Ni rastro de Sergei.

Avanzo deprisa hacia ella. Nos paramos justo delante de la columna donde está Nando.

—Elena —dice al tiempo que me ofrece la mano de la niña.

—Caterina —replico tomando fuerte a Isabella de la mano—. Nos vamos a casa— susurro al tiempo que beso su cabecita.

De repente. Siento su respiración en mi nuca. Es Sergei.

—Te dije sin espectadores —susurra al tiempo que Caterina con un rápido movimiento se ha acercado a Nando. Todo sucede muy rápido. Nando cae el suelo y la sangre comienza a brotar. Caterina se aleja por la estación con su impoluto traje beige. Sergei ha desaparecido.

—¿Qué le pasa a ese señor? —pregunta Isabella.

21:25 p.m.

La ambulancia vuela por las calles de Múnich. Yo voy detrás en un taxi.

—Schneller, bitte, schneller! —indico al conductor.

El corazón se me sale del pecho. Sergei es demasiado peligroso como para ir a buscarle sola. Tampoco con Isabella. No sé cómo lo voy a hacer. Debo desaparecer de nuevo. Será lo mejor. Desaparecer.

21:27 p.m.

Rechts der Isar Hospital.

—Varón, 43 años herido de arma blanca con parada cardiorrespiratoria...
—alcanzo a entender a los médicos mientras sacan la camilla de la ambulancia.

Un enfermero va sobre la camilla haciendo la RCP. No puedo oír nada.

—... ¡Mami, mami!... —su voz suena tan dulce y tan lejana—. Caigo al suelo desmayada.

16 de mayo de 2018

Calgary.

Canadá.

—¿Algo que declarar señora Miller?

—Nada en absoluto.

—Aquí tiene su pasaporte y el de la niña —indica amable la agente de

aduanas.

Salimos del aeropuerto en dirección a la parada de taxis.

—Sandstone Valley —indico al conductor.

Calgary es una ciudad preciosa y verde. Hay árboles por doquier. El trayecto desde el aeropuerto se pasa volando. Llegamos a un barrio residencial que será nuestro hogar durante al menos los próximos dos años. Aquí está nuestra nueva casa. Es una preciosa casa blanca de madera con el techo color pizarra. Tiene un gran patio delantero y mucho césped. Nos bajamos del taxi y sacamos las maletas del maletero.

Mientras pago al conductor se abre la puerta de la casa.

—¡Aquí está mi niña! —dice al tiempo que se agacha y abre los brazos para abrazar a la pequeña Isabella que ha salido corriendo hacia él.

—¡Papi!

Me acerco a ambos con las maletas. Nando tiene a Isabella en brazos. Me abraza a la vez que me besa en los labios.

—Ya estás en casa —suspira.

—Sí. Ya estoy en casa.

Fin.